



Club Rotario de Torrelavega



13º y 14º Premio Literario de Relato Corto

“Gabino Teira”

2011-2012





Club Rotario de Torrelavega

13º y 14º Premio Literario de Relato Corto

“Gabino Teira”

2011-2012



Nuestro agradecimiento a las Entidades Patrocinadoras y Colaboradoras, las cuales, con su aportación desinteresada, han hecho posible la celebración de los 13^{er} y 14^o Certamen Literario de Relato Corto «Gabino Teira», así como la publicación de este libro que recoge las obras premiadas y que es el fiel reflejo de la inquietud literaria que existe entre la juventud.

Agradecimiento especial a los miembros del Jurado, compuesto por:

D. Luis Alberto Salcines Pérez (presidente)

D^a. Elena Fernández-Abascal Teira

D. Jesús Martín Santoyo

D. Julio Sanz Saiz

D. Jesús Oroz de la Sota

Esta edición es propiedad de la EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD DE CANTABRIA, cualquier forma de reproducción, distribución, traducción, comunicación pública o transformación sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Digitalización: emeaov

Colaboración: Vicerrectorado de Cultura, Participación y Difusión

© **Editorial de la Universidad de Cantabria**

Avda. de los Castros, s/n. 39005 Santander, Cantabria (España)

Tlfno.-Fax: +34 942 201 087

www.editorialuc.es

© **Club Rotario de Torrelavega**

ISBN: 978-84-8102-674-0

D. L.: 302-2013

Impreso en España - *Printed in Spain*

Imprime: Gráficas Calima

Sumario

Prólogo	7
---------------	---

13º PREMIO LITERARIO DE RELATO CORTO «GABINO TEIRA», 2011

Grupo de edad: 12 a 13 años

Primer Premio

Título: HÁBLAME DE LA LLUVIA	9
Autora: <i>Lucía Ruiz Vila</i>	

Segundo premio

Título: SALIENDO DE LA TRISTEZA	19
Autora: <i>Esther de la Riva García</i>	

Grupo de edad: 14 a 15 años

Primer Premio

Título: LA MÁSCARA	23
Autor: <i>Marta Quintana Echevarría</i>	

Segundo Premio

Título: LA VIDA ES UNA TRINCHERA	31
Autora: <i>Fernando Frías García-Lago</i>	

Grupo de edad: 16 a 20 años

Primer Premio

Título: LOLA	35
Autora: <i>Rocío Vega Helguera</i>	

Segundo Premio

Título: SINFONÍA INACABADA	49
Autora: <i>Alba Juanes González</i>	

14º PREMIO LITERARIO DE RELATO CORTO
«GABINO TEIRA», 2012

Grupo de edad: 12 a 13 años

Primer Premio

Título: LA BRUJA CARABA 61

Autora: *Ángela Camus Martínez*

Segundo premio

Título: LA GUERRA DE LAS GOFREAXIAS 65

Autora: *Stefan Alin Tanase*

Grupo de edad: 14 a 15 años

Primer Premio

Título: VOY POR TI 67

Autor: *Celia Barquín Arozamena*

Grupo de edad: 16 a 20 años

Primer Premio

Título: ESTÁ PERMITIDO SOÑAR 73

Autora: *Alba Juanes González*

Segundo Premio

Título: EL REY CONTRA LA EXTINCIÓN 85

Autora: *Úrsula Pabl Vicario*

Prólogo

Escribir es una de las acciones que nos hace distintos de otros seres vivos, es una capacidad que no todos tienen, es una actividad creativa que puede producir una enorme satisfacción. Aunque algunos hay que se contentan con guardarse sus escritos o solamente compartirllos con aquellos más próximos, muchos también, yo diría que la mayoría, ven la necesidad de comunicar, de contar a los otros sus inquietudes, sus pensamientos, de compartir su pasión por la creación.

Pero escribir no es fácil y escribir bien es un don que no todos poseen y aún más en la sociedad en que nos movemos donde todo va deprisa, donde la reflexión, cuando existe, va a veces después de la acción, cuando ya no tiene remedio. Por eso, poder prologar este libro, donde se presentan las obras de los que han tomado el tiempo para la reflexión y para crear relatos que nos seducen y nos enredan, que nos trasladan a mundos reales o irreales pero vividos, sus mundos, que tienen el valor de compartir con nosotros, es un ejercicio muy reconfortante.

En mi calidad de Rector de la Universidad de Cantabria y apasionado lector, no me cabe sino dejar de manifiesto mi más sincera felicitación y animarles a continuar por el camino que comienzan. Que no lo dejen, nos hacen falta narradores, buenos narradores y la maestría se adquiere ejerciendo, hay que perseverar, que no sea una flor de un día.

Debo referirme a los que tienen la valentía de promover estos premios de relatos, el «Club Rotario de Torrelavega», cuya labor a lo largo de estas ya catorce ediciones ha permitido ir fomentando vocaciones literarias, des-

de la más temprana edad los doce o trece años y siempre en un entorno de juventud. ¡Que importante es que estos jóvenes se atrevan y nos entreguen sus obras! Gracias, Rotarios, por darles esta oportunidad.

Que estos premios tengan su origen en Torrelavega tiene también un singular significado, pues esta ciudad siempre ha sabido estar atenta a la cultura y a la creación. Permitidme una breve alusión a la persona que recuerdan estos premios «Gabino Teira», un promotor de actividades culturales, muchas de ellas adelantadas a su tiempo, claro ejemplo de persona culta, activa e inquieta que sin duda ayudó a forjar la historia de esta ciudad y primer rotario de Torrelavega.

Por último, qué mejor deseo para estos jóvenes autores que recordar los versos que Garcilaso escribió dedicados a uno de los vástagos de la casa de Alba:

...el tiempo el paso mueve; el niño crece,
y en tierna edad florece y se levanta
como felice planta en buen terreno.
Ya sin precepto ajeno él daba tales
de su ingenio señales, que espantaban
a los que le criaban...

José Carlos Gómez Sal

HÁBLAME DE LA LLUVIA

Lucía Ruiz Vila

Oscuridad. Odio empezar mi descripción así, pero es lo único que alcanzo a ver, he alcanzado y alcanzaré a ver jamás; me resulta increíble pensar en distinguir formas; ver colores; ver las caras de la gente, enfadadas, alegres, disgustadas, orgullosas, impacientes, desanimadas; distinguir una lágrima de una sonrisa; que la luz me haga daño a los ojos; utilizar linternas cuando la noche se cierne sobre el bosque; ser guiado por las farolas en las calles de Barcelona, mi ciudad; ver películas en el cine... innumerables cosas que me llevaría mucho tiempo escribir, y más aún con este dichoso punzón con el que tardo siglos en escribir siquiera una palabra. Me llamo Daniella, tengo trece años y, como os resultará obvio, soy ciega. Realmente no me gusta hablar de mi ceguera, pero parece ser que es lo único interesante sobre mi vida, parece el único tema de conversación en el que pueda participar. Me han dicho que tengo un pelo precioso, que es castaño, largo, ondulado, y muy brillante, también me han dicho que soy alta, que estoy muy bien de peso para mi edad, que soy morena de piel, y que tengo manos de pianista. La verdad, podría estar toda mi vida hablando de mi físico, sin saber cómo soy en realidad: cuando dicen morena, no sé a que se refieren; cuando dicen castaño, tampoco, utilizan ciertas palabras con tanta facilidad que a veces se olvidan de que no puedo ver y que no me entero de lo que me dicen. Voy a una escuela de *especiales*, hay uno, David, que no puede andar y va en silla de ruedas, que, por lo que tengo entendido, es una silla en la

que se pasa todo el día, hay otro que no habla, ese es Nico, que para mí no existe, porque lo único que me mantiene en contacto con el resto son los sonidos, y él no emite ni tan siquiera un gemido; Ángela es autista y nunca dice nada, y si la tocas, grita, no se relaciona, que en eso consiste su enfermedad, es incapaz de entablar una conversación por sí sola. ¡Me dan tanta pena, y muchas noches doy gracias a Dios por protegerme de peores cosas, y le pido por mis compañeros que tienen peores problemas!

Mi mejor amiga se llama Clara, ella es normal, es decir, no tiene ninguna enfermedad ni nada, imenuda suerte! Me encanta lo genial que es, siempre me entiende, y aunque no puedo ver su cara, ya sé que es guapa, porque un corazón tan valioso y gigante no puede pertenecer a nadie feo, tan claro como que nunca veré la lluvia. Me alegro tanto de tenerla a mi lado siempre que quiera, ésa sí que es una amiga de verdad, nunca me deja de lado y confía un montón en mí, y yo en ella, sé que hasta el día en que me muera ella estará junto a mí.

Mis padres me ayudan mucho con este tema de la ceguera, quisieron comprarme un perro lazarillo, pero yo me negué rotundamente, me negaba a que un perro me guiase, lo veréis una tontería, porque en realidad lo es, pero me dan miedo; una chica que viese no tendría este tipo de problemas porque lo ve, pero yo no, y la imagen que tengo de ellos en mi cabeza, seguramente es muy diferente de la realidad, pero yo los tengo *imaginados* como verdaderos monstruos con pelo. Yo no soy ciega de nacimiento, mamá me ha contado que me quedé ciega con dos años escasos, un treinta de septiembre, volvíamos a casa toda la familia de la playa, hacía sol, papá conducía y, cegado por el rey astro, perdió la visión de la carretera, se le fue el control del coche y nos estrellamos contra un muro al lado de la carretera; yo me quedé ciega, y tuvieron que operar a mi madre, pero no fue muy complicada al menos, y salió de la misma perfectamente, así que yo ya sé cómo es el mundo, pero haz memoria e intenta recordar lo que te pasó con dos años: mente en blanco ¿verdad? Pues eso, que no me acuerdo, así que es como si nunca hubiese visto.

(...)

Soy Clara, tengo trece años y mi mejor amiga se llama Daniella, es ciega, mucha gente en clase me toma el pelo diciendo que si me *ve* bien, que cómo *ve* el tiempo que está haciendo...

Realmente yo hago caso omiso de esas tonterías, sé que lo hacen para fastidiarme, y yo no voy a darles tal placer de conseguir su objetivo. Os voy a contar la historia más maravillosa que jamás podréis oír, sobre Daniella, para mí una verdadera heroína, así que os relataré las *proezas* de esta persona que ha cambiado por completo mi vida, y os hará ver todo de una forma totalmente nueva. Es una gran chica, la verdad, me enseña un montón, y me hace ver cosas que yo sola no veo, como por ejemplo aprender a valorar lo que tengo, y no tener miedos a volar sola; me pone frita cada vez que sale a la calle con tan sólo un palito, y me dice que sabe dónde está su casa y que no hace falta que me preocupe... y se espera que me vaya, siempre la sigo a casa, pero no se da cuenta, me da mucho miedo que se pierda por ahí y que no encuentre su camino de vuelta, que no detecte una acera y se tropiece... Yo qué sé, cualquier cosa podría ocurrir.

Aquel día, como era sábado, habíamos quedado en la plaza, ella apareció en la cafetería, como siempre, de la esquina y me acerqué.

—Hola Daniella.

—Hola Clara, ¿qué te cuentas?

—Nada, la verdad que nada, en clase no ha pasado nada en especial, exámenes y nada, ¿y tú?

—Ayer en clase Ángela se puso a gritar como una posesa, me dio un susto —dijo riéndose, me encantaba que siempre estuviese así de feliz—; imagínate no ver nada, estar pensando en tus cosas y de repente un grito irrumpe en toda la habitación, yo también grité, y todos se rieron. Yo me reí.

—¿Y qué dijo Ángela?

—Nada, qué va a hacer, gritar como nunca, y por lo visto —se río en un suspiro— se fue al baño y David fue tras ella, a traerla de vuelta.

—Jo, al menos a ti te pasa algo en clase, a mí no me pasa nada de nada...

Estuvimos toda la tarde dando un paseo y hablando de millones de cosas, de música, de famosos, de libros...

Me dijo que se tenía que ir a casa, me preguntó dónde estábamos, y se fue, yo no iba a dejarla partir sola, claro está, así que la seguí, y me alegro de haberlo hecho. Cuando estábamos cerca, un grupo de chicos de dieciséis años más o menos se fijaron en Daniella, esta a simple vista no *vio* nada pero cuando se estaban acercando para tomarla el pelo Daniella dijo:

—Que sepáis que una cosa es ser ciega y otra es ser tonta y no oíros con los pasos de *trolls* que estáis dando no es de ciega sino de sorda. Yo me quedé helada a la vez que orgullosa de ella, y de repente me sentí estúpida

por haberla seguido hasta ahí; los chicos se fueron susurrando por lo bajo y cabizbajos se retiraron, esa sí que fue una clase de valía para mí, la admiraba un montón, esa es la persona más valiente que en mi vida he conocido o conoceré.

(...)

Al llegar a casa, tenía el corazón en la mano, y este latía atropelladamente: sabía perfectamente que había alguien cerca, como ya dije no era sorda, y es que el ruido que hacían no era ni medio normal, pero no sabía su aspecto, igual eran mayores y me han seguido hasta aquí y se han quedado con mi cara para volver a por mí, quizás ya sabían dónde vivía, pero sino ¿qué hubiese podido hacer? ¿Dejarme pisotear por un grupo de insoportables que se creían muy guays y no eran nada excepto unos indeseables? No, no podía hacer eso. Realmente me gustaba haber desarrollado otros sentidos que sin ser invidente ni sospechas que tienes, por ejemplo este, cada vez que alguien estaba cerca de mí yo lo sabía, les sentía de una forma o de otra, y me encantaba que tuviese alguna ventaja lo de ser ciega. Como Clara, nunca le he dicho nada, pero sé que me sigue cada vez que me despido, ella es bastante buena en eso de ser espía, pero a mí se me da mejor, repito: menos mal que algo positivo tenía eso de ser ciega. Entré en casa y mi madre vino a por mí.

—¿Qué tal, Daniella, hija? ¿Te lo has pasado bien? ¿Hacía buen tiempo?

—Sí mamá, muy bien, Clara te manda un beso.

—Que chiquilla más maja, tan educada como siempre. Mi madre estaba encantada de que fuese amiga de Clara, era como su segunda hija. Cada vez que hablaba con mi madre me sentía bien, era como mi diario, ¡la mejor del mundo! Ese día al irme a la cama me dormí con una sonrisa en los labios, me sentía bien.

(...)

Hoy iba a ser un día normal según mis predicciones, ningún examen, ningún nada, un día ordinario. Al volver de clase me encontré por el camino a Guille, Daniella me decía que me gustaba, pero yo la decía que no, que no era mi tipo, pero agradecía que no pudiese ver, y así no observar que estaba roja como un tomate.

—Hola, Clara.

—Hola, Guille.

—¿Qué tal?

—Bien, sin novedad.

—Ya, yo tampoco; ¿Qué tal Daniella?

Él era el único que conocía a Daniella de verdad, se llevaban muy bien. Le conté lo sucedido el sábado pasado, el cada vez se reía más conforme iba reproduciendo las palabras de Daniella. ¡Qué risa más bonita tenía!

—Es súper valiente —comenté.

—Y que lo digas, imagínate vivir todo el día en la más oscura penumbra.

—¿Se te han ocurrido a ti sólo esas palabras? —dije con sorna.

—Ya, yo tampoco me lo creo; pero en serio, ¿cómo debe de ser?

—Horrible, créeme, haz la prueba en casa, yo la he hecho cientos de veces, mi récord son dos horas con los ojos vendados.

—Lo voy a batir.

—Ni de casualidad.

—Apuesta.

—Apuesto una bolsa de chuches de tres euros que no puedes estar más de dos horas sin ver.

—De acuerdo —dijo estrechándome la mano.

—¿Cuándo empiezo?

—Mañana.

—Voy a ir practicando. Comentó cerrando los ojos.

—Guille, me tengo que ir, aunque no lo puedas ver, vivo aquí.

—Vale, pero que sepas que si por el camino me como una farola es culpa tuya.

—Asumiré la responsabilidad.

—Hasta luego.

—Adiós —me di la vuelta para abrir la puerta.

—Clara... —me llamó y me giré, le tenía a un centímetro de mí, pero con los ojos cerrados, y me dio un beso en la frente.

—Adiós Clara, que sepas que la ancianita que me voy a llevar por delante va a presentar cargos contra ti.

—Aceptaré el riesgo. Se rió y se marchó. Y yo me quedé apoyada contra el portal una eternidad, recreándome en todo lo que habíamos hablado.

(...)

No acertaba a comprender las atropelladas palabras que salían de la boca de mi amiga, atropaba palabras y las liaba de tal forma que nadie en el mundo la comprendería, excepto ella misma, claro está. Habíamos quedado en la plaza, según ella con motivo de urgencia; al otro lado del teléfono sonaba realmente excitada, yo me asusté, y salí de casa literalmente volando, y ahora que estaba intentando entender algo, mi cabeza no acertaba a comprender.

—Clara, habla más despacio que no te entiendo.

—Es que, no me lo puedo creer, y cuando... entonces... porque cuando él... e intenté decir algo y soné estúpida porque...

—Clara —dije zarandeándola a duras penas para intentar calmarla—, no me estoy enterando de nada, respira, coge aire y cuéntamelo. Ella me contó todo con pelos y señales, ino me lo podía creer!

Me gustaba ver a Clara contenta. Aquella tarde el único tema de conversación fue Guille, parece increíble que un chico pueda ser el tema de conversación de cuatro horas.

Ese día Clara me acompañó a casa y me despidió en el portal, al decir adiós me entró la tos.

—Cof, cof, cof... Llegué a tal extremo que no podía respirar y me desmayé. Lo próximo que vi fue a mí misma en mi cama y con mis padres a mi lado. Me explicaron que me había desmayado (cosa que ya sabía yo) y que me llevaron al hospital, allí me hicieron unas pruebas, me curaron y mañana me darán los resultados de este extraño suceso, todo esto es resumido porque cuando mi padre empieza a hablar, no hay quien le pare, así que más o menos, es lo que entendí.

(...)

El martes por la tarde me encontré con Daniella.

—¿Qué tal tu ataque?

—Bastante mal, me duele un montón y, si te soy sincera me tiene un poco preocupada, ahora iba a casa para que mis padres me comentasen los resultados de la prueba.

—Tú tranquila, ya verás cómo tan sólo es un resfriado fuerte, te acompaño.

—Vale, gracias.

Llegué a su portal y me invitó dentro, subimos a su casa y la ayudé a abrir la puerta, entramos y fuimos al salón; su madre estaba en el sofá, tenía

los ojos rojos y se notaba que había llorado, el padre la consolaba gimiendo él también, al verme puso el dedo índice en sus labios, y yo no dije nada, ni ellos tampoco, pero no hacía falta para saber que se trataba del análisis, en el papel que sostenía la madre vi la palabra «tumor maligno» y la garganta se me encogió, mi estómago chilló y empecé a llorar, pero de la forma más silenciosa que pude.

—¿Qué tal, chicos?

—Daniella, me acabo de acordar de que tengo que ir a recoger un pantalón al sastre, acompáñame porfa. Necesité Dios y ayuda para que la voz no se me quebrara.

—Sí, claro, un momento, ¿qué pasó con los análisis?

—Todavía no los hemos recibido, hija, tú vete con Clara al recado, y tranquila, ¿de acuerdo?

Le admiré por lo bien que siempre controlaba su voz, sin la menor señal de desventura o tristeza.

—Vale, ¡hasta luego! Vamos Clara.

Yo la seguí al vestíbulo, y al volver mi mirada atrás su madre me miró y me dijo gesticulando «Gracias», yo esboqué una melancólica sonrisa y me fui con los ojos humedecidos, y tragándome las ganas de empezar a llorar, llorar y llorar.

Estuve toda la tarde sin decir casi nada, ella no paró de hablar y yo intentaba seguir la conversación sin que la imagen de sus padres volviese a mi cabeza. De pronto nos encontramos por la calle a mi hermano, Sergio, la verdad es que nos pasamos la vida discutiendo, pero no podría haber aparecido en mejor momento, me vio y percibió mis ojos rojos, yo imité el gesto del padre de mi amiga de silencio, haciéndole ver que viniese, él se acercó.

—Jo, Daniella, no llego al recado, ¡hey! Ese es Sergio, ¡Sergio!

Daniella se puso roja y Sergio también.

—Hola, chicas, ¿qué tal? —me hizo una mueca de interrogación, y yo le señalé que luego se lo diría.

—Bien gracias.

—Me alegro.

—Mira, Sergio, me vienes de perlas, quédate un segundo con Daniella, que tengo que ir a hacer un recado.

—Sí, no te preocupes de nada; al acabar, llama.

—Vale, adiós. Me fui corriendo a llorar por la calle, cuando sólo habían transcurrido unos minutos, la madre de Daniella me mandó un mensaje al

móvil: «Clara, ven a casa sin Daniella por favor». Yo me fui corriendo a su casa, en busca de respuestas, corrí como nunca en mi vida, sin casi ver con los ojos empañados de lágrimas, llegué a su casa, me abrieron la puerta y subí. Entré en su casa con el corazón en la mano y, dispuesta a oír los acontecimientos que acababan de irrumpir rudamente en la ordinaria rutina de nuestras vidas; me senté en el sofá y su madre comenzó a hablar.

(...)

¿A dónde diantres se había ido Clara? ¿Cómo había sido capaz de dejarme sola ante el peligro?

Dios mío, me temblaban las piernas, cosa no muy recomendable para gente como yo.

—Oye, Sergio...

—Dime.

—¿Has visto algo raro en Clara? Desde que salimos de casa, está muy rara, se lo he notado en la voz, y no me ha escuchado, pero no me ha dicho nada.

—¿Raro? A parte de que ella de por sí es rara...

—¡Sergio, en serio!

—No, la verdad que no, hay algo que te preocupa ¿verdad?

—No sé, es que al llegar a casa tenía casi prisa por que me fuese, y, creo que a mi padre le pasaba algo porque la voz le temblaba.

—Contigo es imposible hablar de nada sin que tú lo notes, menuda detector de voces.

—Hombre, soy ciega, pero no tonta.

—De eso ya me he dado yo cuenta.

—¿De que soy ciega?

—No, de que eres lista. Me reí y él hizo lo mismo, el resto del camino lo pasamos hablando de cosas diferentes y no dejó de reírse (y de hacerme reír) en todo el trayecto, hoy era el mejor día de mi vida, y nada ni nadie podría cambiarlo, hoy iba a ser un día perfecto, tan seguro como que nunca veré la lluvia.

(...)

No daba crédito a lo que estaba oyendo, no podía articular ni una sola palabra, estábamos sus padres y yo esperándo que llegara a casa y contarle

la tragedia que iba a cambiar por completo el curso de nuestras vidas. He aquí lo que había pasado con mi pobre amiga: hacía unos meses que no se encontraba bien, pero no me había dicho nada; lo habían tomado como un simple resfriado y la habían recetado lo normal para estos casos, un paracetamol, que la ha estado tomando durante estos últimos tres meses, no mejoraba demasiado, pero no le dieron más importancia; el análisis muestra un cáncer en el cuerpo de Daniella, este había sido detectado muy tarde y no se podía hacer nada, mi amiga que siempre había querido tantísimo, aquella que había sido mi inspiración toda mi vida, disfrutaba de sus últimos días en la tierra, en otras palabras: moría.

(...)

Una simple palabra puede cambiar por completo la vida de alguien, un solo gesto puede cambiar el sentido de todo para siempre, una noticia puede destrozar el equilibrio de todas las cosas que das por sentado. Lloraba, lloraba, lloraba, recibía visitas en mi habitación de todas las personas que quería, es decir casi toda la ciudad y alrededores, me daban un adiós, y yo lloraba, así han sido los últimos días, ni Clara, ni Guille, ni Sergio se han separado de mí en todo el tiempo, prácticamente vivían conmigo, mientras yo me iba muy lejos.

Mis padres, mi familia, mis amigos, no faltaba nadie, y me confortaba saber que permanecieron aquí hasta el final.

Se fueron a preparar la cena y Sergio se quedó conmigo en la habitación.

—Gracias por estar ahí, no solo ahora, sino toda mi vida, nunca te olvidaré.

—Yo nunca te olvidaré, créeme.

Oí gente saliendo de la cocina y le dije lo que jamás me hubiese atrevido a decir, ni con toda la valía del mundo.

—Que sepas... que te quiero y que cada día que amanezca significa que me acuerdo de ti en el cielo.

Se inclinó sobre mí y me besó; y por primera vez en mi vida acerté a sentir el sentido literal de la palabra «volar». Se alejó, y en ese momento los demás entraron por la puerta.

—Daniella —dijeron mis padres—, te hemos hecho una tarta en la que pone: «éstés dónde estés, seas como seas, y hagas lo que hagas te queremos». Empecé a llorar.

—¿De verdad que os ha entrado todo eso en una tarta? Todo el mundo río melancólicamente y pasamos las próximas horas rescatando viejos recuerdos que habían quedado abandonados en un rincón de nuestros corazones.

—Clara...

—Dime.

—Sé que es una tontería pero, siempre he sentido la lluvia, y nunca la he visto y me gustaría saber cómo es antes de irme, hálbame de la lluvia.

—Son gotas de agua que caen de las nubes que son...

Me cogió de la mano.

—¿Qué pasa?

—No, lo he dicho mal... Son alas de hada que caen del cielo, son transparentes para recordarnos que ante la gente siempre hemos de ser así de puros y sinceros, al caer al suelo, con el tiempo volverán a subir a la alturas, para recordarnos que cada vez que nos caemos tenemos que volver a levantarnos; se amoldan a cualquier superficie, lo que nos muestra que debemos de afrontar las adversidades y adaptarnos a ellas, si no lloviese muchas cosas no existirían, de ese modo ves que, sin saberlo, muchos dependen de nosotros y no nos damos a veces cuenta, y por último, cuando llueve el sonido te relaja, tenemos la posibilidad de hacer la vida de la gente más agradable. Y eso es, querida amiga, la lluvia.

—Me la había imaginado algo así. Que sepáis que sois todos unas fantásticas gotas de agua.

Al decir esto, me sentí débil y entendí que mi hora había llegado, les dirigí mi más bonita sonrisa y abandoné la tierra.

(...)

Al morir, de una forma u otra, nos quedamos mirándola sonreír ya sin vida un buen rato.

Esta es la historia de una chica que nunca miró atrás y que nunca tuvo miedo, que fue para mí el mayor ejemplo de persona que jamás habré visto, y protagonista de la historia más bonita del mundo.

SALIENDO DE LA TRISTEZA

Esther de la Riva García

Fue todo tan confuso... De la noche a la mañana había desaparecido, dejándome sola en ninguna parte.

Todo se empezaba a teñir de color negro, y mi corazón se negaba a seguir latiendo si no era a su lado; pero sabía que no volvería. Yo misma lo había visto, yo misma pude oír aquel pitido que ocupaba mis peores pesadillas quitándome horas de sueño.

Mi madre se había desvanecido como polvo empujado por el viento. Mi madre, esa mujer tan alegre que siempre me había querido y cuidado y sin la cual mi vida no tendría sentido, se iba; se iba para siempre.

Horas atrás, la había visto sonreírme. Con sus manos, frías a causa de la poca energía que le recorría las venas, había acariciado mi mejilla en un intento de hacerme sentir mejor. Las lágrimas se escapaban de mis ojos sin poderlo evitar; mis labios temblaban en un intento de decir algo, pero antes de poder tan siquiera susurrar, mi madre colocó un dedo sobre mis labios y negó varias veces. Ella comprendía todo; no eran necesarias las palabras. La miré algo confusa ante su gesto, y ella me dedicó una sonrisa. Agarré su mano con todas las fuerzas que tenía mirándola fijamente a los ojos. Vinieron recuerdos a mi mente, recuerdos antiguos, borrosos, alegres y tristes... recuerdos con ella. Mi garganta comenzó a emitir pequeños sonidos, que poco a poco fueron formando una nana... su nana favorita.

*A dormir va la rosa
de los rosales;
a dormir va mi niña
porque ya es tarde.*

Ella la reconoció, sonrió levemente y tarareó al son de mi voz. Aquella nana me transportaba a mi infancia, cuando vivíamos a las afueras de la ciudad, cuando junto con ella iba a ver la puesta del sol o cuando caía la noche y con su dulce voz me cantaba para dormirme.

Seguí agarrándola de la mano, mientras mi mente viajaba a lugares pasados durante varias horas; un tiempo que se me hizo demasiado corto.

A pesar de que su enfermedad le arrebatava por momentos la vida, no cesó de sonreír. Sus respiraciones disminuían segundo a segundo. Después, aquel pitido....

—Adiós, mamá.

Los días siguientes los pasé dentro de casa. Una extraña sensación de angustia se apoderaba de mí, y no sabía cómo luchar contra ella. La comida no me pasaba; las ojeras, como consecuencia de tantas noches en vela, marcaban mi rostro, y mis ojos carentes de brillo, reflejaban una profunda pena.

Los recuerdos eran como fogonazos de luz que no me dejaban ver más lejos de ellos mismos. Algún recuerdo en especial conseguía que rompiese a llorar; cada lágrima era un paso más hacia la depresión, cada lágrima que caía por mi cara me alejaba de lo que un día llamé vida.

Los días y las semanas transcurrían con monotonía; cada «tic-tac» que daba el reloj era una puñalada más que alimentaba el dolor. En ocasiones el aire que tomaba no me era suficiente, y sentía que me ahogaba.

Me senté sobre el suelo y cerré los ojos con fuerza, rogando por lo bajo despertar de aquella pesadilla que me estaba atormentando. Pero esto no era una pesadilla.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí miedo, miedo a seguir viviendo, un miedo me empujaba a un precipicio donde no podría sobrevivir.

Y entonces sucedió algo maravilloso. En mi mente comenzó a sonar la nana que junto a ella había cantado minutos antes de que todo terminase. Cada vez sonaba más nítida en mi cerebro; era como un bálsamo que hacía más soportable el dolor. Cerré los ojos y entonces sentí su presencia.

Era una vaga proyección de lo que un día fue en vida. Su voz resonaba lejos pero aún así distinguí lo que me decía: «Hija mía, yo siempre estaré a tu lado. Lucha por tu felicidad».

Después desapareció. A mi mente le costó reaccionar, pero entonces lo comprendí todo: sabía que ella estaba junto a mí protegiéndome, cuidándome...y ya no tenía sentido dejarme llevar por el dolor; tenía que salir del pozo de la depresión, tenía que vencer los miedos y enfrentarme a la vida con decisión y valor.

Cuando pude reaccionar solo tenía una idea clara: Vivir la vida por ella.

LA MÁSCARA

Marta Quintana Echevarría

Caminaba rápidamente, como si estuviese huyendo de mí misma. Agilicé mi paso, empezando casi a correr, pero tan suavemente que mis amplias zancadas no se podían escuchar. Los pensamientos se amontonaban en mi mente, ¿había tomado la decisión correcta? Era tarde, no había marcha atrás.

(...)

Los días se sucedían uno tras otro. Todo parecía igual. Nada resalta-
ba entre esta vista grisácea que pasaba por delante de mis ojos. La rutina
en el instituto era aburrida, no podía hacer nada, si no quejarme ante las
miradas pasivas de esos que se denominaban mis amigos. Según decían,
parezco alguien normal. No destacaba, no hacía nada fuera de lo habitual.
Tez morena, cabello oscuro pero brillante, y ojos negros. Mis aficiones
eran aquellas que los demás esperaban de mí. No levantaba sospechas, una
máscara perfecta, sin grietas, una armadura alrededor de mi verdadero yo,
que permitía que nada ni nadie fuese capaz de herirme. Era muy conve-
niente comportarse de ese modo. No daba problemas. Sin embargo, este
modo de vida era complicado. No existía nadie en este extenso mundo que
fuese capaz de entender como me sentía. Ya era tarde para despojarme de
la máscara. No quería decepcionarlos.

El corto camino hasta mi casa se hacía eterno. La misma música se repetía una y otra vez en mi cabeza. No sonaba, era simplemente como si mi interior la cantase conmigo, como si quisiese gritarla y que todos pudiesen ver cómo era. Cuando por fin llegaba, las horas se mezclaban, los suspiros y bostezos se multiplicaban, tenía que disfrutar del tiempo hasta que el mañana llegase una vez más. Leer. No podía pensar en otra cosa durante esas horas desperdiciadas a lo largo del día. Los libros se amontonaban alrededor de mi cama, como esos fuertes que construía cuando era una niña. Pero ese era en verdad mi refugio, mi castillo, el único lugar donde podía satisfacerme a mí misma sin repugnarme. Porque es cierto. Lo odiaba; esa parte de mi interior que no tenía ni una pizca de valor, que no podía expresar lo que sentía, que tenía miedo de los demás. En ese mundo que tanto odiaba, yo era lo peor. Por mucho que intentase revelar mi auténtica personalidad, imaginaba sus risas, sus muecas, sus palabras hirientes que dañarían mi corazón, frágil tras toda una vida de esconderse de la realidad. ¿Qué podía hacer? Tan solo podía seguir de este modo. Cuando pensaba el motivo de esto, solo me venía una posible respuesta. Era la sociedad la que me ataba a esa vida de normalidad. Esa visión de que lo bueno, lo aceptable, es ser normal, me mataba por dentro.

Amaba los libros. No podía existir nada mejor. Sus historias me hacían recorrer todo tipo de mundos, vivir aventuras, resolver misterios, conocer los puntos de vista de otras personas... Parecía un modo fantástico de expresarse, y a su vez de encontrar a personas que tuviesen tu misma forma de pensar. Pero a mi alrededor no había nadie así. Vivía en un pequeño pueblecito, en el que había muy pocos jóvenes. Todos parecían una reproducción casi exacta del anterior. Mismos gustos, ropa, forma de expresarse y de pensar. Me había hecho un hueco entre ellos, pero me resultaban más agradables los compañeros del instituto al que acudía, en una ciudad cercana. Estaba sola. Sin embargo, por mucho que esa soledad me ahogase no buscaba ninguna solución, me dejaba llevar por las circunstancias, culpaba al destino de mi tristeza, que solo podía ser paliada devorando libros. Creía que lo único que podía llenar mi corazón eran esas historias, a veces tan tristes, otras tan alegres... Intenté escribir en varias ocasiones, pero mi propio conocimiento como lectora me exigía mucho más de lo que mi imaginación, acostumbrada a ser servida por jugosas historias, era capaz de proporcionarme. Nunca parecía estar bien, personajes simples, historias estereotipadas... La mayoría de los libros siguen un mismo patrón, la pauta

del mercado, deseaba crear algo diferente, que gustase y que a la vez fuese diferente. Como yo misma.

Pasaba el tiempo, parecía una imagen perpetua; distinto momento, mismo escenario. Ya era suficiente. Habían pasado ya cuatro años desde que me volví de este modo. Casi la cuarta parte de mi vida sumida en un sufrimiento perpetuo. Vi en el periódico el anuncio de un encuentro. Un encuentro literario. Era en la gran ciudad, a unas cuantas horas de mi casa. Fue como si se activase un interruptor en mi interior. Clic. Deseaba ir. Mi corazón ardía con llamas de verdadero sentimiento. Allí habría gente que me entendiese, podría hablar con ellos, compartir opiniones. Nunca había deseado algo con tanta fuerza. Mi mente iba a mil palabras por segundo. Por mi cabeza pasaba todo lo que me podría suceder acudiendo. Imaginaba gente, escenas, lugares, crímenes, amores... Saqué una hoja y comencé a escribir. Bueno, en realidad no fui yo. Mi mano se movía sola, por sí misma; ordenaba todos mis pensamientos, a toda velocidad. Estaba tejiendo una historia. Mi propia historia.

Pasé unas dos horas escribiendo, después caí dormida sobre el escritorio. Cuando me levanté revisé lo que había escrito. No me acordaba de nada relativo a la historia. Se situaba en la Edad Media, y trataba sobre una chica joven, muy bella, pero que provenía de una pobre familia de campesinos. Se llamaba Ella, y se enamoraba de un guerrero, muy débil y poco inteligente, que partía hacia un lejano país en unas semanas. Apenas había un par de folios escritos, pero era entretenida y también muy divertida debido a la extraña relación que se iba forjando poco a poco entre ambos. Corregí los errores por la velocidad con que lo había escrito, y lo releí unas cuantas veces, añadiendo algunas expresiones que faltaban.

Tras esto, me dispuse a buscar más información sobre el encuentro literario. Era en un café en el centro de la ciudad, a las cinco de la tarde. Busqué las formas de llegar hasta la ciudad, mi problema principal. Podía ir en autobús, tren, y, por supuesto, en coche. Esta última opción era la más cómoda y rápida, pero no tenía a nadie que me llevase. Mis padres eran grandes empresarios, casados tan solo por sus negocios. Nunca estaban en casa. La comida la preparaba una asistenta que habían contratado, y que variaba cada dos semanas. Tal vez tan solo querían que no me encariñase a nadie, que tan sólo aceptase mi destino, que me habían comentado en varias ocasiones, dejándolo caer como si no tuviese importancia. Querían que me casase con uno de los hijos de los clientes de mi padre. Nunca lo había

visto, ni quería hacerlo. Realmente sólo pensaban en ellos mismos. No me interesaban ese tipo de personas, que solo se relacionan con los demás para obtener beneficios. Los odiaba.

Finalmente, me decidí a coger el tren. Era lo más cómodo, y el dinero tampoco era ningún problema, ya que no tenía muchos gastos más allá de los libros que compraba cada pocas semanas. El tren salía la noche del día anterior al encuentro, a las doce de la noche, y llegaba a las diez de la mañana del día siguiente. En los días siguientes, continué con la historia. Me sentía bien escribiendo. Podía crear un mundo que tan solo yo controlase, donde cualquiera podía entrar, pero no modificar su interior. Fui cogiendo cariño a los personajes, quería desarrollar la historia de forma que fuese interesante, pero también quería que resultase satisfactoria desde el punto de vista del personaje. Ficticia pero realista, imposible pero creíble. Nunca me había parado a pensar como se sentirían en realidad los personajes sobre los que estaba leyendo. Algunas veces los autores que narran en primera persona describen sus sentimientos, pero no parecía completamente real, sino una visión exterior de ellos. Era una emoción extraña. Empatía con un personaje. Empatía con algo que no existe. Después de escribir, siempre pensaba, sería tan fantástico poder encontrarme con mis propios personajes, poder decirles, esto pasó porque yo creí que debía ser así. Al mismo tiempo, también quería hablar con los personajes de los demás, un alocado don Quijote, un avisado e inteligente Sherlock Holmes, recreaba sus conversaciones, su comportamiento, creando más personajes para mi propia historia. El cacique que había perdido el juicio, pero seguía gobernando en el pueblo, el borracho del pueblo que resolvía crímenes cuando estaba ebrio... Era muy divertido coger ideas de los demás, y sin ponerlas exactamente del mismo modo, idear tu propio personaje con lo que más te había gustado o sorprendido. Parecía una evolución de la escritura antigua, extraer sus puntos fuertes y mezclarlos todos juntos en una explosión de creatividad.

Por primera vez en mucho tiempo, estos días pasaron a toda velocidad. Ya era el sábado, el día que debía coger el tren. Miré en mi armario, rebuscando como si fuese una ladrona en busca de un tesoro. Tenía que decidir qué ropa iba a llevar. Debía ser algo no demasiado complicado, con lo que diese una apariencia muy normal, sin parecer alguien aún más extraña de lo que era, aunque mi interior decía todo lo contrario. Me decidí por unos vaqueros y una sudadera, también tuve en cuenta que a la hora del

tren hacía mucho frío, así que esto parecía lo mejor. Me cambié de ropa y preparé un bolso. Llevaba todo lo necesario. Los billetes del tren, dinero para la comida, el teléfono móvil y lo que me parecía más importante, mi historia. Había estado pensándolo mucho, y decidí que se la iba a enseñar a la gente de la reunión. Quería escuchar sus opiniones, y además, parecía una buena forma para afianzar lazos y formar una amistad con alguien. Por eso, me apresuré y subí al tren rápidamente. Escogí uno de los últimos vagones, y me senté en la esquina del fondo, donde no molestaría a nadie con la luz de la lámpara. Saqué los folios y continué escribiendo. Cuando el tren se puso en marcha, miré a mi alrededor. No había nadie en el vagón. Miré por la ventanilla y observé el paisaje. El mismo que el guerrero está viendo en su última noche en el pueblo de Ella. La chica intentaba confesarle sus sentimientos, pero él era demasiado torpe y malinterpretaba la situación. Ella se empezaba a desesperar, y a pensar que tal vez el guerrero no fuese la persona que más le convenía. Me paré un momento. Pensé un poco sobre la situación. Era tan típica. En este caso me sentí derrotada. No podía hacer nada, nunca había vivido esta situación. Nunca me había enamorado. Siempre me había parecido algo lejano, que no estaba hecho para chicas normalitas como yo. Que solo esas chicas que tenían apariencia de princezas tenían ese derecho. Tal vez mi corazón estaba corrompido. Todas esas novelas románticas me habían convertido en alguien que no podía disfrutar de un amor real, que estaba mucho de todos esos endulzados encuentros teñidos de color rosa que se vivían en los libros. O tal vez no. Tal vez el amor era ese sentimiento oscuro que te llevaba a matar a tu amado para poseer su alma por siempre, para que estuviese atado de algún modo a ti. Bostecé y miré el reloj. Ya no me quedaba demasiado tiempo así que debía terminar la historia. Comenzaba a amanecer, y aunque el sueño intentaba apoderarse de mí, nada me impediría terminar mi historia. Quedaban aún dos horas cuando lo terminé. Sin embargo, no estaba satisfecha, el final era demasiado sencillo. El guerrero se percataba de los sentimientos de Ella y huía con ella, ya que legalmente no podía desprenderse de sus obligaciones como soldado. No me gustaba el final, pero no se me ocurría nada mejor. Mi corazón me pedía continuar con la historia, pero llegado a ese punto debía terminar de un modo u otro. Creía que lo menos que podía hacer era darles un buen final a la pareja, un final donde pudiesen estar juntos y ser felices. Otro de los puntos que no me gustaban era el título. Nunca se me había dado bien poner títulos. Era complicado resumir el significado de

toda una historia en unas pocas palabras. Parecía que le quitabas importancia a su significado. Me conformé con lo que tenía, y pasé el rato restante numerando las hojas y poniendo algunas anotaciones. Cuando el tren ya estaba llegando, las sujeté con un clip y las metí en una carpeta de color negro, simple pero elegante, que había traído en el bolso, que parecía más una mochila tanto por su tamaño como por su peso.

Tras bajar del tren, di unas vueltas por la estación, buscando algunos mapas que me indicasen por qué puerta debía salir. Me quedé muy sorprendida, y estuve un buen rato observando la estructura de la estación. Era tan alta como una catedral y tenía el techo acristalado, viendo así el brillante cielo azul que me deslumbraba. Las paredes parecían de roca muy antigua, desgastada por el tiempo. Salí a la calle y di un paseo. Era una ciudad con edificios muy modernos, que carecía de casco antiguo, destruido en una de las últimas guerras. Recorrí algunas tiendas, mirando con falsos ojos curiosos productos que en realidad no me interesaban. Al fin y al cabo, ese era mi punto fuerte. Llevaba toda mi vida fingiendo, así que no era complicado hacerlo. Así, me había creado personalidades diferentes dependiendo de a quién le hablase. Odiaba a la gente que hacía lo que le convenía, pero yo también era así. Siempre me pregunté cómo reaccionarían si les mostrase mi auténtico yo, pero realmente no necesitaba que las personas que no sabían cómo era me conociesen en verdad. Deseaba que alguna vez llegase alguien que rompiese mi barrera, que descubriese mi interior y que lo guardase como si fuese un tesoro.

Tras esta pérdida de tiempo, empezaba a tener hambre. Quería tener un buen recuerdo de esta visita, que tal vez cambiase mi vida, así que fui a comer a un restaurante, no demasiado caro, pero tampoco exageradamente barato. La comida estaba muy buena, en su punto y con la cocción exacta, de vivos colores y muy fresca.

Después de esto, me fui hacia el lugar donde se encontraba la cafetería del encuentro. Había visto algunas fotos de la zona, y cuando fui reconociendo lugares, me entraron muchos nervios y dudas sobre lo que estaba haciendo. No podía seguir viviendo de ese modo, la soledad me hubiese matado. Pero, ¿y si no sucedía nada? Tal vez tan sólo hablásemos sin más y no consiguiese nada. O tal vez peor. Les había servido mi debilidad en bandeja. Si fuesen demasiado crueles, me harían daño de verdad, al lugar donde más me duele. Me fui acercando poco a poco. Me paré, respiré hondo y me calmé. Ya había llegado hasta ahí, ni la persona más cobarde huiría

a esas alturas. Ya veía la cafetería. Ese lugar con el que tanto había soñado estaba en frente de mí. Lo que podía ser la solución a muchos de mis problemas estaba tan cerca que parecía un espejismo. Me fijé un momento. Había un chico más o menos de mi edad en la puerta, parecía estar leyendo algo. Paró, se dio la vuelta y se fue por el otro lado de la calle. Corrí hacia la puerta. Había un cartel que ponía: «Encuentro literario cancelado por falta de asistentes. Disculpen las molestias».

Imposible. No podía creer lo que había ante mis ojos. Había llegado tan lejos, había reunido tanto valor para acudir. Jamás me había sentido tan decepcionada. Un momento, el chico que vi antes, era posible que viniese al encuentro. Salí corriendo en la dirección por la que se había ido. Iba muy rápido, nunca había tenido tanta prisa en mi vida. Imaginaba lo que podía suceder si lograba alcanzarlo, una amistad, mi primer amigo. ¡No podía desperdiciar esa oportunidad! Saqué mi historia. Quería que en cuanto le alcanzase pudiese darse cuenta de quién era y qué quería. Pero mi mente me decía que me rindiese, que ya no podía hacer nada, que debía volver a mi vida normal. No. No quería algo así. Corrí más rápido huyendo de los pensamientos que me ahogaban. Le veía. Podía observar su silueta, ya cercana a mí. Estaba a punto de gritar que esperase. Vi un faro luminoso. Un ruido ensordecedor. Un dolor muy intenso y penetrante.

Una motocicleta escarlata. Unas hojas teñidas de sangre. El cielo azul sobre mi cuerpo, y después, tan sólo oscuridad...

LA VIDA ES UNA TRINCHERA

Fernando Frías García-Lago

1 de Septiembre de 1939

Después de lo ocurrido hoy no puedo evitar recordar lo que pasó hace 30 años, cuando me arrancaron de mi tierra para luchar contra los alemanes en aquella guerra sin cuartel. Esto fue lo que pasó:

Yo vivía en un pueblecito a orillas del río Loira. Hacía poco que había empezado la guerra y todos temíamos que la paz de nuestro pueblo terminase. Y eso fue lo que sucedió. Un día llegaron altos dirigentes del ejército francés y nos dijeron que los alemanes habían empezado a conquistar Francia. Todo hombre en condiciones de combatir sería reclutado para la guerra. Yo fui uno de los elegidos.

Los alemanes habían empezado por el norte y allí me llevaron. Nuestro objetivo era defender una ciudad de Francia cercana a la frontera con Alemania. Cuando llegué, recibí un rápido adiestramiento, el suficiente para no morir el primer día, pensaba yo. Pero así es la guerra, nunca estás preparado del todo.

Los alemanes nos acorralaron alrededor de la ciudad una mañana soleada después de más de dos semanas de amarga espera. Lo único que pudimos hacer fue plantar cara. Tuvimos que vivir en trincheras, pasándolo mal y viviendo en pésimas condiciones mientras soportábamos los continuos

bombardeos. A los pocos días de empezar a luchar nos llegaron las primeras malas noticias; los refuerzos esperados habían sucumbido ante una emboscada alemana. Eso nos desmoralizó mucho y sobre todo tuvimos esa sensación después de que nos dijeran la cruda realidad: eran cinco veces más que nosotros.

Uno de los peores recuerdos que tengo fue cuando vi la muerte de un chico de veinte años delante de mí. La explosión de una granada le abrió las entrañas y murió desangrado entre horribles sufrimientos. Lo que más me impactó fue la cara de niño que tenía en el momento de su muerte, al fin y al cabo, todavía no había empezado a saborear la vida.

Pasé muchas noches sin dormir, pero esa fue la primera y la peor. Pensé en muchas cosas. ¿Volvería a ser el de antes? Es más, ¿sobreviviría? En la guerra no hay tiempo para esas cosas, lo que importa es matar, no reflexionar.

Hubo un momento en el que pensé que esa trinchera iba a ser nuestra tumba. Y casi lo fue si no hubiese sido por la estrategia que llevamos a cabo, un ataque suicida. En esa maniobra nos lo jugamos al todo o nada. Nos salió bien, pero resultó ser la peor experiencia de mi vida. Por primera vez quité la vida a una persona.

Recuerdo perfectamente ese momento. Estaba corriendo por aquel páramo desierto que separaba las dos trincheras. Un alemán me salió al paso y no tuve más remedio que dispararle: un agujero se abrió entre sus cejas. Sus ojos me miraron por última vez mientras su cuerpo caía. Me quedé parado, horrorizado por lo que acababa de suceder. Mis compañeros me avisaron y empecé a correr, escapando de esa mirada.

Después de aquello llegaron los refuerzos. Eran pocos, pero formaban parte de la élite, parecía que esta pequeña batalla iba tomando mucha importancia en la guerra. En definitiva, ese día empezamos a tener esperanza.

Todo esto se vio reflejado en el contraataque que realizaron los alemanes. Nuestro ejército, bien organizado, estuvo a la altura de los pronósticos y durante todo el día mantuvimos a raya al enemigo. Volví a matar, pero esta vez lo único que pensaba cuando acababa con la vida de un soldado era matar al siguiente. Es triste, pero era así, o matabas o te mataban.

Poco a poco se resquebrajaba la coraza alemana, las bajas empezaron a hacer mella en ellos y las cosas se nos pusieron de cara. Todos pensábamos lo mismo, ese era el momento de terminar con aquello.

Llegó el gran día, todos estábamos nerviosos. Prácticamente, la victoria significaba volver a casa. Teníamos una buena estrategia. Consistía en que todos fuésemos a por los alemanes y cuando ellos saliesen de su trinchera para luchar, lanzaríamos muchas granadas hacia su trinchera para destruirla completamente. Así acabaríamos con toda la persona que quedase, con todas las armas y con todos sus recursos.

La lucha fue encarnizada, muchos soldados murieron, sobre todo del bando contrario. Ganamos, sí, pero el precio que tuvimos que pagar fue muy alto. Multitud de heridos abarrotaban las trincheras alemanas cuando nuestras granadas explotaron. Todos murieron, fue una masacre. Mi rostro impasible se manchó con la sangre de personas que, perfectamente, podrían haber sufrido lo mismo que yo y que antes vivían en un pueblecito a la orilla de un río. La única diferencia era que su río era el Rhin y el mío el Loira.

Hecho esto volvimos a nuestro refugio, todos mis compañeros destacaban por su ausencia. Me había quedado solo. Mis superiores celebraban la victoria y me felicitaron por mi pundonor. Yo sentía de todo menos alegría. Lloré amargamente toda la noche. Por mí, por mis compañeros, por las personas que habían matado... Me desahugué y por la mañana tuve, por primera vez en mucho tiempo, la mente despejada.

Hablé con mi capitán, las noticias que llegaban no podían ser mejores. Los alemanes se retiraban. Quedaban muy pocos y no les quedaba nada. Lo agradecí profundamente, nuestra otra opción era realizar un ataque final, en el que tendríamos que ir uno a uno acabando con sus vidas. No quería llegar allí y decirles a la cara: «Lo siento, pero tengo que matarte».

Mi último día allí pasó rápidamente. Recogimos todas las armas y todos los suministros que nos quedaban. Miré para atrás para volver a ver lo que había sido mi hogar las últimas semanas y nunca más he vuelto allí. Fui el único que regresó al pueblo. Todos los demás habían muerto. Ese día lloró mucha gente, yo no.

Hoy ha vuelto a empezar otra guerra. Parece que esta va a ser mucho peor que la otra. Lo único, es que eso me parece imposible.

LOLA

Rocío Vega Helguera

Le dijeron por teléfono que la mujer estaría terminada y enviada para el lunes siguiente. Tendría tez aceitunada, grandes ojos oscuros y cabello caoba, ligeramente rizado, con medidas de reloj de arena y abundantes pecas. Javier había desgranado a su mujer ideal según los códigos: 36-B para el pelo, 179 para el matiz de la piel, GH48 para la voz. Lo que más le costó fueron los ojos. ¿Claros u oscuros?, me preguntó. Le sugerí castaños o negros y me hizo caso. Me extrañó que no tuviese hasta ese detalle ya decidido, cuando sabía hasta cuántos milímetros debía ser el dedo índice del pie más largo que el pulgar. Estaba describiendo, después de todo, a su mujer ideal, y se parecía sospechosamente a mi novia del instituto. No dije nada entonces, pero sabía que Javier había estado enamorado de ella durante los dos años en los que estuvimos juntos. Javier y yo siempre hemos compartido los mismos gustos. No por nada éramos amigos íntimos.

Por supuesto, antes de que se le ocurriera mirar en el catálogo de mujeres perfectas, mi mujer y yo habíamos intentado que probase con chicas de carne y hueso. Le habíamos presentado a todas nuestras amigas, una por una. Javier no terminaba por decidirse. Eran demasiado flacas, demasiado gordas, demasiado tontas, demasiado listas, demasiado feas, demasiado guapas e incluso demasiado sinceras.

—Ha dicho que mi corbata es hortera —murmuró Javier una vez Daniela hubo desaparecido—. ¿Qué persona le dice eso a alguien a quien acaba de conocer?

—No, ha dicho que era original —dije yo, con una sonrisa sincera.

—Original. Es decir, extravagante. Es decir, raro. Es decir, hortera.

—Daniela tiene esa manera de decir las cosas —explicó mi mujer—. En realidad estoy segura de que a lo que se refería era a que le parecías interesante. Especial.

—Te has pasado un poco —dije.

Javier se encogió de hombros y tomó un sorbo de su copa. Mi mujer me miró de soslayo y yo imité el gesto de mi amigo.

No era la primera vez que se libraba de las candidatas que tan cuidadosamente le habíamos escogido con excusas tontas. Llegué a pensar que de verdad se creía aquel papel de huidizo misógino que había decidido adoptar desde que Marisa le había abandonado. No era posible que pasease por un jardín lleno de flores y no pudiera apreciar la belleza de al menos una de ellas. En realidad mi pobre amigo no necesitaba una flor real, porque éstas se marchitan si no se es delicado. Como se demostró más tarde, deseaba una de plástico, de las que adornan sin necesidad de ser regadas.

Lo de la mujer por catálogo me pareció raro desde el primer momento en que supe de ello. Una moda absurda para inadaptados sociales, como los japoneses que se encargaron de desarrollarla. Un pasatiempo para hombres tímidos, tristes e incapaces de relacionarse con mujeres de carne y hueso, descripción que por otra parte era bastante acertada para referirse a mi mejor amigo. Cuando se lo conté a mi esposa se mostró preocupada, pero al final decidimos que era lo mejor para Javier. Desde que Marisa se había marchado no levantaba cabeza. Necesitaba compañía femenina desesperadamente, se le notaba. Andaba por las esquinas suspirando como un enamorado sin nadie a quien amar, deprimido, sin vida. Alguna vez le atrapé desprevenido con una lágrima en la mejilla después de que alguien mencionase algo que él relacionaba con Marisa. Los lirios, flores que tanto le gustaban. Su manía de chupar dos veces la cuchara después de revolver el café. Pies fríos en la cama. Su película favorita. La canción que más odiaba. Cualquier cosa, cualquiera. Parecía que lo que él deseaba en realidad era seguir guardando luto por ella en lugar de seguir adelante. Por eso me

sobrepuse a los prejuicios y le animé a que llamase al teléfono que aquel catálogo chillón nos suplicaba marcar.

La mujer llegó en una caja, completamente ensamblada y protegida por poliespan. Javier me llamó en cuanto el mensajero la dejó en su casa, así que le dije que esperase, me puse la chaqueta y fui hacia allí. Javier estaba muy excitado cuando me abrió la puerta y me condujo a su salón, presidido por un imponente cajón de madera que me recordaba horrores a un ataúd. Mi amigo se pasó la mano por el bigote, inquieto, y me dirigió una sonrisita.

—¿Nervioso? —pregunté, devolviéndole el gesto.

—¿Tú qué crees?

—Habrá que abrir la caja.

Javier me enseñó las tijeras que hacía tiempo sostenía.

—Te tiemblan las manos —observé, y tomé las tijeras de entre sus dedos—. Mejor lo hago yo, ¿eh?

—No, no, Andrés, lo haré yo. Después de todo, es mi mujer.

Sonrió con amplitud y tuve que dar un paso atrás para cederle los honores. Sus manos no le traicionaron cuando la hoja de la tijera cortó limpiamente el embalaje del cajón. Una vez terminada la operación, dejó las tijeras sobre la mesa y abrió la caja con suma delicadeza. La tapa de madera se deslizó muy suave, como si en vez de un cajón fuese más bien una puerta. Al otro lado estaba nuestra chica tal y como la he descrito anteriormente. Dormía sin respirar envuelta en una bolsa de plástico de burbujas. Javier volvió a tomar las tijeras y abrió la bolsa sin dañar ni un milímetro de su piel. Con mi ayuda la despojó de su cama de corcho blanco y la sentó en el sofá. Los ojos cerrados, la nariz llena de pecas. Me incliné para observar lo bien que los japoneses hacían las cosas.

—¿Está bien? —preguntó, como si no creyera lo que veían sus ojos.

—Está perfecta. ¿Cómo la activamos?

—El manual.

Enarbolando el pesado libro se acercó a mí, y juntos desciframos las instrucciones en inglés. Hundí mis dedos en el pelo rojizo de ella para encontrar el botón que la traería a la vida. Él desplegó la consola de la muñeca y toqueteó el código que el manual indicaba. Después de varios intentos, la mujer abrió los ojos y suspiró gracias a mi dedo índice.

Nos asustamos al mismo tiempo. Ella contrajo y estiró el diafragma varias veces antes de centrar la vista en su nuevo amante.

—*Hi, I'm Julie, pleased to meet you* —dijo con una sonrisa.

—Está en inglés —comenté, demasiado alelado para evitar una obviedad.

—Ya veo. Hay que cambiarlo.

Mientras Julie nos miraba sonriente, a la espera de la correspondiente presentación, Javier tecleaba un código que la hizo dormir de nuevo.

—¿Qué has hecho? ¿La has roto?

—Espera, espera. Dale otra vez al botón.

Hice lo que me pedía y ella volvió a despertar.

—Hola, soy Julie, encantada.

—¿Vas a dejarle ese nombre? —pregunté.

—No. Se lo voy a cambiar.

—¿Y qué le vas a poner? ¿Marisa?

Me dirigió una mirada sombría.

—Por supuesto que no —me señaló el manual—. Aquí dice que tiene integrada una lista de nombres y puedes llamarla con uno al azar. Que lo elija ella, lo prefiero así.

Hizo otro cambio en la consola y los ojos de ella se estremecieron dentro de las cuencas. Nos volvió a sonreír.

—¿He dicho Julie? Quería decir Lola.

Lola se levantó del sofá y dio un par de besos a Javier.

—Yo soy Javier —dijo mi amigo con voz entrecortada.

Le di dos besos yo también.

—Y yo Andrés.

Los japoneses, como ya he dicho antes, son increíblemente buenos en lo que hacen. Han aprendido de la necesidad. Su cultura se ha erigido sobre la soledad, dado que a pesar de la gran densidad de población de las islas, viven incomunicados. No hay más que tomar el metro o el autobús para darse cuenta de que los urbanitas de cualquier lugar del mundo viven embebidos en su propia realidad, ya sea mediante auriculares, pantallas o telefonía móvil. Leí hace tiempo que existe en Japón un fenómeno social conocido como *hikikomori*, que consiste en el aislamiento extremo de una persona que, incapaz de enfrentarse al mundo real, se encierra en su habitación y en sí mismo y vive perdido en los cómics, la televisión y los

videojuegos. Incapaz de relacionarse con otros, desarrolla afecto hacia seres inertes e inanimados. Los avances en la robótica y en la inteligencia artificial debieron suponer la ampliación del pequeño universo de estos inadaptados sociales, que encontraron en brazos de sus androides lo que las chicas del mundo real no querrían darles.

Aunque sabía que Javier no había llevado su pena hasta tal extremo, debo decir que me dio algo de miedo que se encariñase demasiado de su mujer ideal. Nos conocíamos desde el parvulario, así que sabía perfectamente cómo reaccionaba Javier ante las chicas. Nunca había sido popular ni bien parecido, sino más bien lo contrario. Entrarle a una chica le costaba horrores, y tal vez por eso siempre procuraba enamorarse de las inaccesibles, o de las que me gustaban a mí. Marisa había sido la excepción, por lo que no era extraña la prisa que se había dado en pasarla por el altar. Ahora que se había ido, el pobre debía pensar lo horrible, lo poco carismático y atrayente, lo soso, lo corriente que era. Y que llegase a su vida una mujer perfecta dispuesta a satisfacer sus deseos debía de haber hecho tambalear los cimientos de su cordura. Por eso y no por otra cosa, decidí vigilar su relación.

Los primeros días permití que Javier y Lola disfrutasen el uno del otro, pero el sábado les invité a cenar y a tomarse una copa en mi casa. Javier estuvo a punto de declinar la oferta, pero escuché a Lola insistir al otro lado del teléfono. Curiosas mujeres a medida, siempre tan dispuestas a entablar relaciones sociales. Marisa nunca fue tan participativa, ni siquiera cuando las cosas iban bien entre Javier y ella.

Durante la cena, ella habló más que nadie. Javier asentía sin sonreír llevándose la copa de vino a los labios, mientras yo escuchaba absorto todo lo que decía. Curiosas mujeres ideales, con tantos conocimientos en su disco duro esperando mi dedo para despertar. Era delicioso escucharla hablar, pues aunque era obvio que algún diseñador había introducido aquella información en ella, lograba administrarla y personalizarla con tanta destreza que parecía un discurso dulcemente real. Daba la impresión de que ella tenía opiniones propias, a juzgar por cómo hablaba sobre el arte europeo del siglo XIX, con esos ojos grandes y oscuros iluminándose con cada sonrisa. Me convenció por completo de sus ideas y también de su humanidad. Alguien que habla de ese modo debe tener conciencia, debe ser humano a la fuerza. Decidí que, de entonces en adelante, pensaría en ella como una mujer más. La mujer de mi mejor amigo.

¿En cuanto a él? Lo encontré normal, en el sentido de que había recuperado la vivacidad en la mirada después de tanto tiempo. Pero era desapa-sionado en su trato hacia ella, lo que me causó gran confusión. No podía creer que Javier hubiese conocido a una mujer así y que no se hubiera ena-morado al instante.

Lo malo de todo esto fue que, una vez descubierto lo interesante que era Lola, Javier decidió que no debía frecuentar tanto nuestra casa. A pesar de que mi mujer y yo volvimos a invitarlos a ambos, él daba constantes lar-gas pese a que ella deseaba venir.

Me pareció cruel por parte de mi amigo negarse a compartir a su mu-jer ideal con el resto del mundo, porque no era sólo su mujer ideal, sino también la nuestra. Y ella estaba más que dispuesta a intercambiar recetas de cocina con mi mujer, salir a pasear con nuestro hijo o tomarse un café conmigo. Era Javier, con su egoísmo y su obsesión, quien pretendía quedar-se aquella joya para él solo, una actitud machista que aborrezco. Tampoco parecía dispuesto a venir con ella. No quería relacionarse con nosotros, eso es todo. Puede parecer duro por mi parte, pero le conozco y sé que lo hacía por profundo egocentrismo.

Cuando éramos jóvenes y andábamos con chicas, conseguía enamo-rarse siempre de las que me gustaban a mí o a las que yo gustara. Ellas tonteaban con él, pero tan pronto me conocían terminaban prefiriéndome a mí. Javier no me lo decía, pero me guardaba rencor por ello. ¿Qué culpa tenía yo? Son las mujeres quienes no saben lo que desean. Pero además de las inseguras y las inmaduras estaban las mujeres malvadas. Javier tenía pre-ferencia por las víboras que le destrozaban el alma con rumores y comen-tarios en voz baja. Yo entiendo su reserva y su inquina. No fue fácil para él sobrevivir a todo eso siempre a mi sombra. ¿Es que era incapaz de vivir una vida de verdad y por eso buscaba el modo de ser infeliz? Tal vez. Pobre Javier. La única vez que se atrevió a vivir eligió a la mujer equivocada, otra vez. Y pobre Marisa, que eligió al hombre menos adecuado.

Si le preguntábamos, él decía que no le pasaba nada. Que estaba con-tento, que estaba bien y que prefería quedarse en casa con Lola. No me atreví a entrometerme. Había logrado esquivar mis paternas intentos de protegerle de sí mismo, y tampoco puedo decir que no me sintiera heri-do. Javier era bastante desagradecido. Le guardé rencor durante unos días,

pero mi mujer me recordó que hay que querer más a los amigos cuando menos lo merecen, así que fui una noche a su casa con una botella de Lambrusco bajo el brazo. Tardó en abrirme la puerta, y cuando lo hizo no pude dejar de advertir cierta inquina en su mirada.

Me dejó pasar y vi a Lola en el sofá, con su estupendo cuerpo siliconado envuelto en un vestido rojo. Como siempre, se mostró encantadora. Javier llegó enseguida con tres copas y la advertencia de que sería una velada corta. Serví el vino. No me acordé de refrescarlo porque Lola era una máquina conversacional, que tan pronto me había visto se había puesto en marcha. La boca roja se movía sin parar, preguntando, indagando, contestando. Cuando reía, aquellos labios granados se curvaban a la perfección. Yo también me reía. Javier, por desgracia, no nos acompañó. Mientras el vino se evaporaba de nuestras copas y apurábamos las palabras, se mantuvo silencioso, meditando. Lola se embebía en mí y yo me embebía en Lola, fascinado por su graciosa verborrea. No me percaté de las horas hasta que los ronquidos de Javier nos hicieron volver a la realidad. Mi amigo se había quedado dormido en el sofá, incapaz de unirse a la charla y de soportar el vino.

No quise despertarlo, me dio pena. Lola se levantó para acompañarme a la puerta. Yo andaba algo mareado, pero a ella el alcohol no le afectaba.

—Qué maravilla —murmuré—. La tecnología debe ser alabada por crear seres como tú. Hasta el último circuito está diseñado de manera perfecta.

—Sólo porque estoy creada a vuestra imagen y semejanza.

Su mano se acercó al cuello de mi camisa y quitó una pelusa con delicadeza. Todo mi vello se erizó. Sus labios latían acompasados. Me pedían un beso, pero no se lo di.

—¿Por qué no vienes a casa mañana? A Laura le gustaría mucho.

—Claro —sonrió—. Le preguntaré a Javier.

—No preguntes. Ven.

¿Sienten amor las mujeres ideales? No lo sé. Nadie lo sabe. ¿Por qué están atadas a sus dueños? ¿Los aman? ¿Por qué a ellos y no a otros? ¿No podrían estar programadas para amar y punto? Amar a todos los hombres, a todas las mujeres. Un corazón virgen que, como una de las antiquísimas cintas de música, se imprimara de todas las canciones.

—No puedo —suspiró en lo que deduje que era una expresión de fastidio ahogada—. Dependo de él.

—Ojalá no fuera así.

—¿Qué? —sonrió otra vez y la imité.

—Nada, que es una lástima que sea tan gruñón. Cuando éramos jóvenes tampoco quería venir nunca a las fiestas.

—Tienes que contarme más cosas sobre él.

—¿No habla contigo?

—No suele.

—Es una lástima —acaricié su cabello rojizo y le coloqué un mechón tras la oreja—. Yo encuentro tu manera de hablar apasionante.

—¿De veras?

—Sí.

—Tendrás que darle la enhorabuena a mi programador.

—Algún día lo haré, te lo prometo. Será como visitar a tu padre.

—En realidad mis padres son muchos. Son todos los que me crearon y completaron. Al menos es lo que yo creo.

—Algún día tendremos que visitar tu hogar en Japón. Tú y yo.

—¿Sin Javier?

—Sin Javier. ¿Acaso crees que él se lo pasaría bien allí? Es un hombre aburrido, pobre. Es mi amigo y siento decirlo, pero le conozco mejor que nadie.

Ella se quedó callada, mirándome con una sonrisa. Una parte de mí me instaba a callar y a apretar mis labios contra los suyos, pero los pasos de Javier me lo impidieron.

—¿Lola?

Me separé de ella, dolorosamente. Javier me dirigió una mirada torva.

—¿Te vas?

—Sí.

—Ten cuidado con el coche, estás bebido.

Y me abrió la puerta y me dejó salir, y yo pensé que no era el vino lo que más me aturdiría sino ella, ella.

Sé lo que estará pensando el lector, y yo mismo lamento mi humanidad. Quisiera ser amigo, pero soy humano. La mujer ideal era de Javier en un principio. Él la había comprado con su dinero, pero sus medidas y sus formas eran mías. Eran nuestras. Los dos amábamos al mismo prototipo, así que estábamos destinados a enamorarnos de las mismas mujeres. Siempre me preferían a mí y a él le dejaban el corazón lleno de pena. No es mi culpa. Yo también juego, así que puedo ganar o puedo perder. Me gusta pensar que soy un ganador.

También me gustaría pensar que Lola y yo iniciamos una aventura en aquel momento, pero no sería fiel a la verdad. Ella era una seductora nata, si es que nacimiento puede considerarse el momento en que mi dedo la revivió. ¿Para qué otra cosa querrían los japoneses crear mujeres perfectas, si no es para ser seducidos por ellas? Yo no soy mejor que un japonés. Era ella la que me seducía a mí, siempre dispuesta a hablarme, sonriéndome, rozándome. Ella decidía cuánto y cómo, y yo no era más que un espectador con la garganta seca que intentaba que Laura no se diera cuenta de que no pensaba en ella.

Javier limitó las salidas de Lola todo lo posible, así que pronto me encontré sin poder verla. Rondaba su casa esperando el momento en que ella saliera a saludarme. Cuando lo hacía, mi corazón se hinchaba como un globo. Se inclinaba sobre la barandilla del balcón y me preguntaba cómo me había ido. Yo le contestaba escueto que bien, incapaz de resumir mis sentimientos a lo largo del día. No habría podido hacerle justicia a mi ansiedad y deseo en una sola frase. Javier la llamaba pronto, deseoso de guardar de nuevo su delicada rosa, y ella obedecía. Y yo aguardaba al siguiente día para volver a encontrarnos, con la esperanza de que ella dejase a Javier para estar conmigo.

Mi mujer no entendía, con razón, que pasara tanto tiempo fuera de casa. Nunca le dije a dónde iba, está claro, así que me inventé un problema en la empresa en la que trabajaba. Laura se quedó contenta hasta que tuvo la oportunidad de hablar con la mujer de uno de mis compañeros, que insistió en que no existían las reuniones que se prolongaban de madrugada. Laura comenzó a sospechar que algo grave me pasaba, pero yo me negué a confirmar sus temores. Sé que habría sido noble por mi parte admitir mi situación y dejar que todo siguiera su curso. Mi corazón no era suyo, era de Lola. No era mi culpa. Soy humano. Pero después pensé que tal vez el verse superada por los encantos de una mujer de silicio, por muy encantadora que fuese, le supondría un gran problema. Laura nunca ha sido una mujer con demasiada autoestima. Habría quedado devastada. ¿Y qué iba a decirle a mi hijo? ¿Qué le diría ella?

Prefería guardar para mí mis sentimientos, al menos hasta que todo siguiese de aquella manera. No era la primera vez, debo admitir, pero sí la más fuerte. Nunca había pasado tantas noches en vela ni tanto frío en la calle, aguardando a la aparición de nadie.

Llamaba por teléfono a Javier casi todos los días.

—Javier, Laura quiere que Lola venga a nuestra casa.

—Javier, ¿está Lola?

—Javier, hace mucho que no os vemos. ¿Por qué no salimos a cenar?

Yo necesitaba consumir mi amor por Lola, pero mi amigo nunca me dejaba. Trabajaba desde casa, así que mis visitas a Lola estaban vetadas. Siempre había una excusa para que yo no me acercase a ella. Cada vez estaba más arisco, como si me odiara. No me cupo ninguna duda cuando, como única despedida a través del auricular, me dijo:

—Marisa me ha llamado.

Y colgó, y el zumbido de la línea me hizo tambalearme.

Puede pensar el lector que aquella era mi oportunidad, que Javier y Marisa iban a reconciliarse y que dejarían el camino libre para que Lola y yo nos amásemos. La realidad es bien distinta. Marisa, pobrecilla, sólo le había llamado para amargarse. Javier y ella, por lo que supe luego, habían tenido una larga conversación en la que apareció varias veces mi nombre y que me temo no fue nada agradable. Soy humano. Lola era una mujer ideal, hecha de silicio y silicona y piel artificial deliciosamente aterciopelada. Yo soy de carne y hueso, también Marisa. Los deslices ocurren.

De modo que ya no hubo más llamadas porque hacerlas habría supuesto iniciar una guerra. Mi querido Javier y yo decidimos ignorarnos mutuamente, pero no olvidé mi prenda. Lola seguía allí tras el muro de fuego, y yo era una polilla con muchas ganas de quemarse. Pensé en aquello al pasear por la ciudad con mi mujer del brazo. Acababan de colocar el alumbrado navideño en las calles y me fijé en las bombillas, y me pregunté sinceramente por qué Lola me volvía loco. ¿Acaso no era ella nada más que un adorno? Aunque brillara, no tenía más utilidad que ésa. Javier la había comprado para ello. Pero si a sus ojos Lola no era más que un objeto decorativo, para mí era mucho más. Era la luz y el calor, era la vida. Qué paradoja, ¿verdad? Que algo inerte en esencia me inspirase tales ganas de vivir habría sido impensable. Al principio yo mismo había dudado de que fuese bueno que hubiese mujeres como ella. ¿No eran los japoneses que la habían ideado un hatajo de inadaptados por crearlas? ¿Y no era yo un hombre de éxito, popular, atrayente? ¿Por qué había caído bajo el embrujo de mi amada?

La respuesta es la siguiente. Quería salvarla. ¿Qué felicidad le iba a dar un hombre para la que era un objeto? Yo deseaba con todo mi corazón

estar con ella, protegerla, amarla. Javier sólo había comprado algo de sexo mercenario, la compañía femenina que tanto le habíamos animado a tener. Lola era algo más, algo que Javier jamás podría ver. Por eso la amaba y por eso no estaba mal que lo hiciese. Que el lector decida, ¿fue mi deslealtad hacia él tan grande como su crueldad al atar a él a una mujer a la que en realidad no podría hacer feliz?

Me decidí a cumplir con el deseo más profundo de mi alma, el más grande que haya tenido en la vida. Rondé su casa a menudo y me enteré de los horarios de mi amigo íntimo. Aunque trabajaba desde casa solía reunirse en su empresa. Anoté en un bloc los datos arrancados de su correo e hice espacio en mi propia agenda, desdeñando algunas de mis obligaciones navideñas como la visita a la familia política o el envío de postales. El día de su cena de empresa aguardé en mi coche tres manzanas más allá, a la espera de que Javier se fuera. Entré en su propiedad con el corazón tamborileándome en las sienes.

Mi dedo se incrustó en el botón del timbre y tuve un *dejà vu*.

Lola abrió la puerta con una camisa blanca y unos sencillos vaqueros, pero la encontré bellísima. Ella no sentía el frío de diciembre como yo lo hacía. Me sonrió como siempre y me invitó a pasar.

¿Había decidido hacer como si nada ocurriese entre los dos? Muy bien, me gustaba aquel juego. Inocente era casi mejor que seductora. Entré y le di mi chaqueta cuando me la pidió. Me dijo que me sentase en el sofá, que vendría enseguida con algo para comer, y yo decidí no tomarla de la muñeca y besarla allí mismo. La mesa de café se encontraba repleta de cintas y papeles de colores, y cajas de diferentes tamaños a la espera de ser envueltos. Nada me hizo recordar a mi propia esposa, probablemente enfrascada en la misma tarea.

Se sentó a mi lado e inició una conversación. Yo puse mi mano sobre su rodilla y la acaricié con dulzura. Aquellos ojos oscuros me estaban quemando vivo. Javier había tenido la suerte de hacerme elegir los ojos. Él nunca elegía bien. Como siempre, él tenía las oportunidades pero yo era el único que se atrevía a escoger y jugar. Hasta ahora él era el único que había podido disfrutar de la negra mirada de Lola, pero era mi turno. Sonreí y llevé mi mano hasta su muslo. Ella siguió disimulando.

Soy humano. Si a un hombre hambriento le pones delante un jugoso filete de carne, no puedes culparle por hincarle el diente. Ni siquiera si ese filete lo ha cocinado otro hombre. El hambre lo hace suyo, ¿no es cierto?

La atraje hacia mí y la besé. Mi dulzura se evaporó y de pronto me encontré sobre ella, arrancándole la camisa y besándole el cuello. No me importaba que aquel cuello hubiese sido besado por Javier. Éramos amigos íntimos y ya lo habíamos compartido todo anteriormente.

—¡Te amo, Lola! —murmuré, incapaz de contenerme.

Ella me apretaba los hombros y yo me dejé llevar. De pronto ella tenía el torso desnudo y yo la aprisionaba entre mis piernas. Se contorneaba. ¿Gritaba?

—¡Basta, basta, Andrés!

Su delicada mano arañó mi mejilla. Grité. Me asustó el dolor y le di un manotazo en la cara.

Las mujeres ideales no sangran porque no pueden. Su corazón no palpita, pero su piel sí lo hace. Es una ilusión que forma parte de su encanto.

Lola me miró con ojos desorbitados. Nunca una mujer me había mirado de ese modo.

—Lo siento —dijo ella—. Mi dueño es Javier.

—¿Tu dueño? —la palabra me sonó monstruosa. Me aparté de ella asqueado—. ¿Qué ha hecho él para serlo? ¿Ha pagado el precio? Pues yo lo pagaré. Te compraré y serás mía, Lola, no te preocupes.

—No estoy autorizada a mantener relaciones sexuales con otras personas. Lo siento.

—Pero... ¿qué hay de todo lo demás? Pensé que tú me amabas, Lola. Pensé que te gustaba.

—Lo siento. Ha sido un error.

Las mujeres ideales están hechas para complacer, por eso sienten tanto fallar en su tarea. Lola era una mujer creada para satisfacer a los hombres, pero no a todos los hombres. Sólo a mi amigo. ¿Por qué debía fallar en su tarea? ¿Por qué no podía satisfacerme a mí, que tanto la amaba? La amaba más que Javier, eso estaba claro. Javier nunca luchaba por lo que quería, por eso lo perdía todo.

—El error lo has cometido tú —dije—. ¿Te ha dicho que te diviertas conmigo? ¿Que me utilices? ¿Que me seduzcas, que me enamores para luego romperme el corazón?

—¿Quién?

Pobre máquina inocente. Al igual que Marisa, no sabía nada. Ideales o no, las mujeres son indecisas por naturaleza. Actúan dando a entender algo cuando desean una cosa muy distinta. Y los hombres de carne y hueso

como yo estamos destinados a fracasar al entenderlas, y sufrimos, y lloramos. Al menos Marisa tenía sangre en las venas. Lola no.

—Voy a reprogramarte —advertí, dando un paso al frente.

Lola se levantó y se protegió el rostro con las manos.

—Si sigues adelante tendré que llamar a la policía —lo decía calmadamente. Era una rutina informática más, como las conversaciones que habíamos mantenido—. Por favor, Andrés, vete. Javier volverá enseguida.

No presté atención a sus palabras. Avancé hasta colocarme junto a ella. Lola se revolvió e intentó resistirse, pero mis dedos volaron entre su cabello en busca del botón. Ella me empujó con fuerza inusitada y me hizo caer sobre la mesa de cristal. Me corté el brazo al atravesarla y mi camisa se tiñó de rojo, al igual que la alfombra y los papeles de regalo. Su boca formó una O perfecta. Sabía sorprenderse mejor que cualquier mujer corriente.

—¿Te has hecho daño? —¿era angustia aquello en su voz? ¿Qué la había disparado? ¿Era ese amor que no podía sentir por mí porque no lo había pagado? ¿Era una reacción programada de antemano?

Lola me tendió una mano para que me levantara, pero la desdeñé, herido en el orgullo y en el brazo. Apoyé una mano en la alfombra y me icé, con llamaradas de dolor que me recorrían desde la herida. Cuando se aproximó para examinarme, la empujé, aunque no tan fuerte como ella a mí. Soy mucho más gentil. Soy humano.

—¿Andrés? ¿Estás bien? Estás sangrando mucho...

No quise escucharla. Las lágrimas me cegaban y ensordecían. Una bola dura había brotado de mi pecho y escalaba por mi esófago, como un vómito de rabia a punto de estallar. Giré sobre mí mismo y descubrí en el suelo la empuñadura roja de las tijeras con las que habíamos cortado su embalaje. Sin pensar, me incliné, las recogí, y la apuñalé en el estómago.

Sólo yo sangraba en aquella casa, pero sólo ella parecía sentir dolor. Mi mano se movió por sí misma, arrancando y hundiendo las tijeras una y otra vez. Los chirridos del metal contra el metal se asemejaban a los sollozos que ella soltaba, pero tampoco quise oírlos. Mi corazón golpeaba mis tímpanos con insistencia, haciéndome insensible a todo. Tampoco veía bien. Sólo después de varios minutos me di cuenta de que Lola se había apagado y yacía inerte en el sofá.

Desde su estómago asomaba el cableado que yo había conseguido destrozarse de algún modo. ¿Manaba un líquido oscuro de su herida? No puedo

recordarlo ahora. Sólo me fijé bien en la expresión de sus ojos, que miraban al techo completamente desconcertados.

No fui capaz de coger el coche después de matar a mi amada de metal. Me quedé junto a ella fumando los cigarrillos de Javier. Aunque sentía ganas de llorar, no lo hice. Todavía no sé si deseé llorar por su pérdida o por el profundo dolor que me había causado su rechazo. No quise tocarla. Antes habría pensado que de encontrarla muerta la besaría con fervor, pero ahora creo que fue Javier quien me impidió hacerlo, porque sus labios eran de él, al igual que su encanto, su belleza y su amor. Con Marisa nunca había sido así, como tampoco lo fue con Ruth, Ana y todas las demás. Todas habían deseado ser mías antes que suyas, pero Lola... Lola no había sido capaz.

Mi amigo regresó a casa y el estado de su salón le llenó de furia. La tomó conmigo, me increpó, me insultó. Doy gracias por que las tijeras hubieran quedado enterradas en el abdomen de mi amada, pues en mi enajenación tal vez lo hubiese matado. Me obligó a salir de casa a puñetazos y llamó a la policía. Puso una denuncia contra mí que siguió su curso debidamente hasta que culminó con una indemnización por mi parte. ¿Y Lola, se preguntará el lector? Lola no mereció ni una sola de sus miradas. Su ira hacia mí no le permitió sentir tristeza por ella. O no, o quizá es que jamás sintió nada hacia mi mujer ideal. No quizá, así fue. Para Javier Lola no fue más que un divertimento para hombres inadaptados, una mujer servicial que no le abandonaría, programada para la extrema fidelidad.

Y de ese modo yo soy el único en el mundo que la añora. Nadie más. Ni su diseñador, ni todos los operarios por los que pasó su cuerpo durante el ensamblaje en cadena. Ni su programador. Ni el hombre que le colocó los ojos. Ni la operadora que registró los códigos que habíamos elegido. Ni la persona que escribió su número de serie en la factura. Ni el mensajero que la trajo. Ni siquiera su dueño. Sólo yo pienso en ella, sólo yo la añoro, sólo yo rechino los dientes porque ha sido deshecha y despiezada para que las distintas partes aún útiles sirvan de recambio para los ordenadores de sobremesa y los motores de los coches. Sólo yo, al caminar por la ciudad, me paro frente a los concesionarios y creo ver su sonrisa en un Volkswagen, y me pregunto «¿Será de veras mi mujer ideal?».

SINFONÍA INACABADA

Alba Juanes González

Era la primera vez que veía ese lugar. Todo a su alrededor era de colores fríos, quizá demasiado. Excepto la indumentaria de aquella gente tan rara, que era verde, pero tampoco es que fuera bonita. Mamá le agarraba de la mano, no le había soltado desde que salieron de casa, y casi le hacía daño. Pero no le iba a decir nada, porque sabía que mamá tenía miedo. Siempre estaba preocupada por él, a pesar de que nunca pasaba nada. Parecía que mamá tenía muy claro a dónde iban, pues no paraba de andar por los pasillos de ese sitio tan raro. Por fin, se paró ante la puerta 313. Tragó saliva antes de abrir, y Quique juró haberle visto una pequeña lágrima, que un segundo después había desaparecido.

Había dos camas, con un sillón junto a cada una, y una pequeña tele. Por la ventana nada más que se veía el jardín por el que habían venido. Mamá había estado callada durante todo el camino, pero eso era normal en ella.

—Entra, cariño —le dijo a Quique, esforzándose en sonreír.

El niño hizo caso a su madre y se sentó en el sillón más cercano a la ventana.

—¿Sabes dónde estamos? —le preguntó mamá. El pequeño se encogió de hombros, cabizbajo—. No te asustes, ¿vale? No pasa nada, sólo será hasta mañana —a medida que hablaba, su voz se apagaba más y más—. Además, me han dicho que vas a tener un amiguito aquí contigo.

¿Un amiguito? Él no tenía ningún amiguito. No le gustaban los otros niños, eran malos con él. Prefería jugar solo, o irse de paseo, o tocar el violín. Eso sí que le gustaba. Podía pasarse horas escuchando su sonido, incluso le relajaba la mente. Pero no quería un amiguito. Comenzó a balancearse de adelante a atrás en el sillón, tarareando una melodía inventada. Sería su primer concierto para violín, ya tenía todas las notas visualizadas. De pronto, un hombre raro, pero vestido con una bata blanca, entró en la habitación. Parecía despistado, y tenía el peluquín algo torcido.

—Buenos días, señora de la Fuente —se presentó—. Soy el doctor Tubilla, voy a ser su neurólogo estos días —Rebuscó en sus hojas y miró con curiosidad a Quique—. Y este debe ser Enrique...

—Quique —dijo este muy bajo.

—¿Qué has dicho, campeón? —preguntó el doctor.

—¡Me llamo Quique! —gritó el niño con todas sus fuerzas.

Mamá se llevó la mano a la boca, en un gesto de sorpresa. Bien se vio que el doctor Tubilla se había asustado. Anotó un par de palabras en sus misteriosas hojas, y le dijo a mamá algo sobre las cuatro de la tarde. Seguidamente se marchó sin decir adiós. Quique siguió tarareando, mirando al jardín. No es que fuera bonito, pero no podía mirar otra cosa. Mamá se secó una lágrima, esta vez no se escondió. Quique no sabía qué le pasaba, nunca lo había sabido. Pocas veces la veía feliz. Quizás era porque echaba de menos a papá, pero realmente no lo sabía. Tampoco iba a preguntárselo.

Pasaron las horas, ya eran casi las dos de la tarde. Todo seguía igual en la habitación 313, mamá se pasaba ratos en el baño, y Quique tarareaba una y otra vez la misma música, parecía no importarle estar allí sentado sin poder hacer nada. Se podría decir que estaba a gusto, solo, con sus cosas.

Pero su relativa tranquilidad —no dejaba de moverse de adelante a atrás— se vio alterada cuando la puerta se volvió a abrir, para que esta vez entraran dos personas no raras. Podían ser una niña y su madre, pero Quique no estaba seguro. No dijo nada y volvió a mirar por la ventana, sin dejar de tararear ni de mecerse. Mamá salió del baño intentando disimular la tristeza.

—Buenas tardes —dijo la señora—. Soy Ana —Mamá le dio dos besos.

—Olivia —dijo mamá forzando otra sonrisa. Ya iban dos en todo el día—. ¿Y esta niña tan guapa? —preguntó mirando a la chiquilla.

—Se llama Julia —dijo su madre. Ambas parecían incómodas—. Mira, cariño, vete donde el niño a jugar —le dijo a su hija, hecha un manojo de nervios.

Julia se acercó a Quique despacio. Ninguno de los dos quería jugar con el otro, Julia pensaba que Quique era raro, y Quique pensaba que Julia era rara. Por eso, cuando la niña le preguntó su nombre, Quique no contestó; es más, hizo como si no existiera. Mamá se disculpó, y Ana, la madre de la niña, le restó importancia, aunque seguro que le molestó que ese niño fuera tan maleducado.

Esos eran el tipo de detalles que más molestaban a Quique, el que la gente fingiera ser lo que los demás esperaban de ellos. Incluso Mamá fingía que estaba bien. ¿Es que se avergonzaban de sí mismos? Quique no lo entendía, no entendía las relaciones humanas en general. Por eso huía de ellas, y ellas de él, porque no sabía fingir. No sabía fingir que aquella niña podía ser su amiga, como no sabía fingir que le gustaba el sonido de la guitarra.

Un rato después, el señor raro que había venido antes, volvió con otro más viejo y raro todavía.

—Señora de la Fuente, le presento al doctor Calleja. Será el psicólogo infantil de Quique estos días.

—Buenas tardes, señora —dijo el señor raro al cuadrado—. Ya veo que Quique está listo para empezar.

—Oh, por supuesto, señor —dijo acercándose a Quique—. Cariño, tenemos que ir con este señor.

—Es raro —susurró Quique desde el sillón. No se había movido en horas, aunque en realidad no había parado de moverse.

—Nos va a ayudar —le respondió Mamá—. Por favor, Quique.

No podía desobedecer a Mamá. Hasta ese momento no había pensado que necesitaba ayuda. Sabía atarse los zapatos, la tabla del 9 y cuáles eran los componentes de una orquesta. Siguió despacio a Mamá, que a su vez seguía al señor raro, sin despedirse de Julia y su madre.

El despacho del señor raro era pequeño y estaba bastante desordenado. A lo mejor es que no tenía un trabajo importante. Quique se sentó sin preguntar en la silla más cómoda que vio.

—¡Quique! —le reprendió Mamá—. ¡Esa es la silla del señor doctor, levántate de ahí!

—No te levantes, Quique —le dijo el señor raro, contradiciendo a Mamá—. No se preocupe, señora, pasa continuamente.

Quique estaba confuso. No quería sentarse en otro sitio, pero no quería que Mamá se enfadara. Menos mal que el señor raro le dio rápidamente unos papeles y se sentó en otro sitio. Quique sabía leer perfectamente, incluso palabras tan largas como «esternocleidomastoideo» o «ciclopentanoperhidrofenantreno». O lo que es lo mismo, un músculo del cuello y el precursor del colesterol.

—Me han dicho que lees muy bien, ¿no? —le preguntó el doctor. Quique no lo miró, simplemente comenzó a rellenar su nombre—. Eso debe ser un sí... Señora de la Fuente, es mejor que le dejemos solo, iremos a una sala que...

—¡No! —gritó Quique, mirando a los ojos al señor raro por primera vez.

Mamá se quedó en silencio, como asustada, sin saber qué decir. Quique nunca había sido muy educado, sobre todo con los desconocidos, pero la daba miedo lo que los demás pensaban de él. Era un niño muy listo, sensible y generoso. Pero los demás nunca le llegarían a conocer, y, lo más triste, nunca le llegarían a querer. Sus compañeros de clase no querían que jugara con ellos, ni le elegían nunca para los equipos. Sus profesores se quejaban de su actitud, a pesar de sus buenas notas. Sus abuelos no estaban cómodos con él, y eso que pasaban bastante tiempo juntos. Por eso cuando el doctor Calleja le dijo que su hijo tenía Síndrome de Asperger, se le cayó el mundo encima. Lloró como nunca lo había hecho, sin importarle, por una vez en su vida, lo que los demás pensarán de ella.

Su hijo nunca iba a ser normal. Nunca iba a poder salir con sus amigos, porque probablemente nunca tendría ninguno. Nunca iba a encontrar el amor, al menos, correspondido, porque no iba a ser capaz de cubrir las necesidades afectivas de la otra persona. Nunca iba a encontrar un buen trabajo, a pesar de que podría estudiar la carrera que quisiera, porque nadie quiere un empleado indisciplinado y que va a su aire. Nunca se sentiría parte de nada, ni a gusto en ningún sitio. En su corazón tenía sentimientos contradictorios. Quería a su hijo con locura, pero sentía pena por él y rabia por no haber sabido lo que le pasaba. Pero, en realidad, ¿de qué se sorprendía? Siempre supo que Quique era especial, que no era como los otros niños. Siempre tuvo el presentimiento de que algo no funcionaba. No se interesaba por el fútbol, ni sabía lo que era un Ferrari. Desde muy pequeño le atrajo el mundo de la música clásica, especialmente el violín. Tenía una sensibilidad especial, aunque nunca expresaba sus sentimientos. Pero era feliz. Y ella tenía que serlo por él también. No podía evitar sentirse algo

culpable por la noticia, pero ¿cómo podía haber pensado que su hijo iba a tener una vida desgraciada? No iba a permitir que eso sucediera. Durante años había estado enojada con profesores, por no integrar a su hijo en clase; con otros padres, por no educar a sus hijos en igualdad y respeto a los que son diferentes; y con médicos, por no darla respuestas. Ahora sabía que su hijo necesitaría atenciones especiales, y probablemente tendría que buscar otro colegio, adaptado a sus necesidades. Eso sería costoso, pero le daba igual, incluso si tenía que trabajar el triple para pagarlo.

Cuando volvieron a la habitación, Julia y su madre todavía estaban allí. Quique se preguntó quién las había invitado. Encima Julia se había sentado en su sitio. Mamá parecía estar de mejor humor que cuando llegaron, y cuando la madre de Julia la preguntó qué tal había ido todo, Mamá sólo sonrió. Quique se acercó hacia el sillón donde estaba sentada Julia, e intentó que la niña se quitara.

—¡Estoy yo! —le espetó Julia. Quique siguió tirando de ella—. ¡Mamá!

Su madre corrió y separó a Quique de su hija. Mamá también fue hacia allí. Después de que a Quique le cayera una buena bronca, Mamá se disculpó con Julia por él. La explicó que Quique no entendía bien cuándo estaba haciendo daño a los demás, y que no se daba cuenta de cuándo se comportaba mal. Julia pareció entenderlo, incluso le dio pena de Quique. Quería ser amiga suya, pero el niño no la dejaba. Ella tampoco tenía muchas amigas. Cambiaba mucho de colegio por el trabajo de su padre, y eso la alejaba de las pocas niñas con las que se relacionaba. Pero le gustaba, por lo menos, ser amable con los que tenía alrededor. Y parecía que Quique necesitaba un poco de cariño que no fuera de su madre. Pero no sabía cómo hacer que el niño confiara en ella. Le miró, pensando cómo acercarse a él sin que la rechazara. Quique volvía a tararear melodías aleatorias, pero esta vez, además lo acompañaba con un violín imaginario. Estaba visto que la conversación no era la mejor manera de relacionarse con él, así que se acercó y empezó a tocar el piano. Ella no tenía ni idea de música, y menos de tocar un instrumento, pero pareció que el niño no la apartó de su terreno. Julia intentó acoplarse a la melodía que Quique cantaba. Era alegre y animada, y puso un poco de positivismo en el espíritu de Julia, algo decaído esos días.

Los dos niños se pasaron el resto del día dando conciertos. Sus madres no paraban de hablar, orgullosas de que sus hijos por fin habían encontrado ese punto de conexión. Ellas también estaban a gusto. Las dos luchaban

por sacar adelante a sus hijos prácticamente solas. «Está bien saber que había gente como tú, que sufría por las mismas cosas, tenía tus mismas preocupaciones e intentaba seguir luchando», pensó Mamá. No le había preguntado a Ana qué le pasaba a Julia, y ella tampoco se lo había dicho, a pesar de que ella compartió lo que le pasaba a Quique. Pero en ese momento se les veía disfrutar, y no quería arruinarlo.

Julia cogía muy bien el ritmo. Incluso cuando al principio Quique no quería que jugara con ella a tocar canciones y cambiaba la melodía para que no pudiera seguirla, la niña se las ingeniaba para que el piano sonara bien. Después de un rato, se había relajado con ella. Incluso le había dejado improvisar un poco. Se notaba que no tenía formación musical, pero también se notaba que le gustaba y apreciaba la música. Quizás no todo el mundo era tan hipócrita, quizás quedaba gente transparente y agradable que le diera una segunda oportunidad.

Al día siguiente, el señor raro le dijo a Mamá que ya podían irse a casa. Mamá se alegró de no tener que permanecer allí por más tiempo, pues se vivía en una constante sensación de que te iban a dar malas noticias. Quique también se entusiasmó, tampoco le gustaba ese sitio. Esos exámenes tan raros que tuvo que hacer ayer le desconcertaron. No le habían explicado para qué servían. No le preguntaban cosas que había estudiado, más bien parecía que le salían de forma natural. Las primeras eran fáciles, pero algunas de las últimas no había podido contestarlas. El señor raro estuvo examinándolas durante un rato, y después vio a Mamá muy disgustada. Se preguntaba si tendría algo que ver con esas pruebas, a lo mejor las había hecho mal y Mamá estaba decepcionada con él. Pero no le había dicho nada, así que no le dio más importancia. Julia no estaba ya en la habitación, se había ido temprano con su madre, así que no podría decirle adiós.

Cuando Julia y Ana volvieron de las pruebas, se encontraron con que Quique y su madre ya no estaban, y no habían podido despedirse de ellos. En su lugar, Julia encontró una hoja de cuaderno arrancada, con unas notas escritas. No entendía de solfeo, así que la guardó, prometiéndose a sí misma que algún día podría saber lo que representaba.

Unos días después, Mamá le dijo a Quique que tenían que volver al hospital. Quique no entendía por qué, ya que no le dolía nada. Mamá insistió, diciéndole que el doctor quería seguir su evolución y que debían volver a verle. Quique preguntó si le iban a volver a hacer esos exámenes tan raros.

Mamá no supo qué decirle. No le había explicado con claridad lo que esas pruebas significaban, y tampoco sabía si era bueno para Quique saberlo. Tarde o temprano tendría que conocer su enfermedad, para así sobrellevarla mejor, pero siendo tan pequeño, el que supiera cómo se llamaba lo que le pasaba no marcaría ninguna diferencia. Todos los de su entorno sabían ya ponerle nombre al extraño comportamiento de Quique, excepto él. Mamá no sabía si iba a entenderlo correctamente, si se enfadaría, si se disgustaría, o si le daría igual y seguiría con su violín. Decidió que se lo contaría todo más adelante, cuando ya estuviera más familiarizado con las nuevas recomendaciones terapéuticas.

Cuando volvieron al hospital, no le llevaron al mismo lugar que la primera vez. En esta ocasión le condujeron hasta una sala llena de juguetes, que en opinión de Quique no servían para nada, ni siquiera eran divertidos o al menos entretenidos. ¿Qué sentido tenía encajar unas piezas de colores hasta formar algo para luego desmontarlo y volver a montar otra cosa? ¿Y de qué servía inventarte una familia con muñecos y hablarles como si te entendieran? Se enfadó un poco con su madre por permitir que le hubieran llevado allí. Ella sabía perfectamente que no iba a jugar con ninguno de los niños, ni solo, porque no tenían las cosas que a él le gustaban.

—Hola, Quique —le dijo una vocecita detrás de él. Era Julia. Ya no estaba enfadado, porque ahora sabía que iba a pasárselo bien.

Después de un rato, le llamaron, y volvió a encontrarse con su madre. Juntos fueron al despacho del señor raro donde habían estado la semana anterior. El señor raro apareció poco después con una máquina que parecía un televisor. Quique se alegró pensando que le iban a poner Discovery Channel.

Las semanas pasaron, y Quique seguía acudiendo al hospital de vez en cuando. En la sala de juegos se encontraba con Julia, con la que estaba un rato hasta que le llamaban para hacerle más pruebas. Excepto un día, que cuando fue a la sala de juegos, Julia no estaba. A lo mejor ya se había puesto buena, pensó. Pero al siguiente día sí que estaba, aunque era diferente. No tenía pelo, ni siquiera en las cejas, y se la veía mucho más triste que otras veces. Quique se asustó. No sabía que le había pasado, pero le daba miedo acercarse. Julia sonrió con tristeza cuando le vio, pero enseguida supo que Quique no iba a querer jugar ese día con ella. Ese sentimiento de rechazo la hundió todavía más. El tratamiento era duro, y el sentirse incomprendida no la animaba a luchar, más bien lo contrario. Había visto a otros niños

como ella por el hospital, pero prefería no encerrarse mucho en su relación con ellos y seguir jugando con los demás. Sin embargo, los otros niños se asustaban al verla, y no sabían cómo tratarla. La habían trasladado a dormir junto a los otros niños enfermos de cáncer y leucemia, y allí encontraba un poco de esperanza. Pero ahí vivía en una atmósfera cargada de desesperación, duda y sobre todo dolor. Los psicólogos hacían bien su trabajo, por lo menos no se había obsesionado con la idea de la muerte ni cosas así. Tampoco tenía pesadillas excesivamente terroríficas. Sólo tenía constantemente en su cabeza la posibilidad de que algún día saliera todo mal, y quien sabe lo que pasaría. Ya no rezaba, pensaba que si Dios quería escucharla ya lo había hecho. Tampoco tenía miedo, confiaba en que iba a salir de esta. Pero sentía que poco a poco se rendía, que ya estaba demasiado cansada. Necesitaba desahogarse, expresar verdaderamente por lo que estaba pasando. Pero ese día no podía.

Unas semanas después, se volvieron a ver. Julia no había tenido fuerzas siquiera para bajar a jugar durante varios días, y Quique la echaba mucho de menos. Empezó a sentir que debía estar con ella. Su corazón le llamaba por primera vez para que hiciera algo.

—Mamá, pregunta la habitación de Julia —le dijo al día siguiente que fueron al hospital.

—¿Quieres subir a verla? Me parece estupendo, cariño.

Mamá se sintió orgullosa de Quique. Parecía que mejoraban sus aptitudes comunicativas, y que también se preocupaba más por los demás. No sabía a qué se debía el cambio, pero supuso que Julia tenía algo que ver. Y el que quisiera ir a verla le confirmó que su hijo podía sentir con el corazón.

Quique entró a la habitación, más emocionado a cada segundo que pasaba. Era una sensación nueva para él, las ganas de ver a una persona, el querer a esa persona. Él siempre había sabido que quería a Mamá o a la abuela, pero nunca lo había sentido de verdad. Las cosquillas en el estómago eran algo incómodas, pero le daban todavía más entusiasmo al momento. Cuando abrió la puerta, se encontró a Julia en la cama, y a un señor que supuso que era su padre, sentado junto a ella, leyéndole un libro. El señor se levantó y le indicó a Quique que se sentara.

—Hola, Quique —le dijo la niña, con miedo a su reacción.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó él.

—Estoy enferma —le respondió ella—. Y te necesito.

Quique no sabía qué significaba eso exactamente. Ya suponía que estaba enferma, pues siempre estaba en el hospital. Pero es verdad que nunca le había dicho lo que le pasaba.

—Tengo leucemia, Quique —comenzó—. Algunas de mis células sanguíneas son malas, y no cumplen bien su función, es decir, no me protegen. Ahora los médicos están intentando hacer desaparecer a las malas, para que vuelvan otra vez las buenas...

Quique la escuchaba con atención. Por una vez se sentía bien hablando con otra persona, y también por primera vez podía ver el sufrimiento del otro.

—Pero duele mucho, Quique... y lo paso muy mal. A veces me pregunto qué pasó para que todo esto empezara... y siento rabia conmigo misma, por tener un cuerpo defectuoso. Pienso en cuando era una niña feliz, en el colegio, con mis amigas... Pero rápidamente se me pasa, ¿sabes? Porque en el fondo sé que no es culpa de nadie. Que de repente el cuerpo falla, y tenemos un catarro, y otras veces falla y nos morimos. Las cosas son así, y a mí me ha tocado esto. Necesito muchas fuerzas, yo sola no puedo...

Quique sentía que tenía que hacer algo, pero no sabía exactamente el qué. Empezó a notar una presión en los ojos.

—Algunos días me encuentro muy cansada, y ni siquiera puedo hablar. Otros días me apetece hacer muchísimas cosas, pero tampoco puedo. Siento que me estoy perdiendo muchas cosas ahí fuera... hace meses que no escucho la lluvia, Quique. Te parecerá una tontería, pero me encantaba acurrucarme en el sofá con mi mamá y la mantita, y relajarme mientras fuera estaba lloviendo...

Parecía que era el día de sentir cosas nuevas. Quique no sabía describir lo que le estaba pasando. Hasta que se tocó la cara y se mojó los dedos. Estaba llorando.

Julia no sabía si debía callarse o podía seguir desahogándose. Cada frase que decía, más liberada de sentía. Podía notar cómo las ganas de levantarse y pelear volvían poco a poco a su interior.

Mamá también quería despedirse de Julia. No sabía cómo se había enterado Quique de que ese día era el último, al menos por ahora, que tendrían que ir al hospital, pero se alegraba muchísimo de la iniciativa que había tenido. Era un primer paso hacia una vida como la de cualquier otro niño, con pleno desarrollo de todos sus aspectos. Se dio cuenta también de que por fin Quique se daba a conocer tal como era, sensible, cariñoso y con

un gran corazón; y de que alguien estaba disfrutando de esas cualidades. Entró en la habitación en el momento justo en que su hijo no pudo ignorar más sus sentimientos y abrazó con todas sus fuerzas a Julia.

Llegaba tarde. Muy tarde. Ese nuevo becario era demasiado torpe, y ese día tenía el tiempo muy justo. Podía haberse pedido el día, pero los avances en la investigación eran tan sorprendentes que cualquier día podía suceder el milagro, y quería estar allí para verlo. En mitad del atasco, miró distraídamente la caja de su violín, al que había colocado cuidadosamente en el asiento del copiloto, siempre acompañándole. La mente se lo llevó más de treinta años atrás, y aunque apenas se acordaba de ella, siempre la tenía presente, igual que el violín, siempre acompañándole. No tenía ni idea de lo que había sido de ella. Ni siquiera sabía si había sobrevivido. Pero, al fin y al cabo, había sido el motor de su vida, la persona que le había hecho ser quien era. Ese día le marcó tanto que incluso había decidido dedicar su vida a ayudar a que nadie más sufriera como ella lo hizo. ¿Quién sabe lo que hubiera pasado si hubieran mantenido el contacto? Por fin los coches se movieron y le hicieron volver a la realidad: En diez minutos tenía que estar con el traje puesto y sentado en su sitio, esperando la señal del director.

El teatro estaba hasta la bandera. Habían cerrado la taquilla hacía horas, síntoma de que estaba todo vendido. Su marido le había regalado las entradas por su cumpleaños, y, aunque no tenía ni idea de música clásica, le había hecho mucha ilusión. De repente vino a su mente la imagen borrosa de aquel niño, Quique, que tanto la había acompañado tras dejar aquel hospital, aunque no le había visto desde entonces. ¿Qué sería de él? Muchas veces lo pensaba. Entonces recordó la promesa que se había hecho a sí misma tanto tiempo atrás: que aprendería algo de música, lo suficiente para descifrar la melodía que Quique le dejó cuando no se pudieron despedir la primera vez. La cumplió, pues cuando tenía trece años su madre la apuntó a clases de piano. Pero no se acordaba muy bien de la teoría, y mucho menos sabía dónde había dejado aquel trozo de papel.

«Corre, Forrest, corre», pensó Quique. El director le iba a matar. Seis meses ensayando para que vaya él y llegue tarde. Se cambió rápidamente de ropa —gracias a Dios que la limpiadora se fijó en que llevaba la camisa del revés—, y salió disparado hacia el escenario. Las caras de sus compañe-

ros no tenían precio. No le dio tiempo casi ni a sentarse, cuando el piano comenzó la sinfonía.

Estaba siendo precioso. De vez en cuando miraba a su marido agradecida, era el regalo perfecto. Un sonido centraba su atención de vez en cuando, muy suave, pero que le daba a la melodía un toque muy dulce. Intentó averiguar de dónde procedía, parecía que tiraba hacia la derecha. Estuvo atenta para conocer exactamente el instrumento que era. En cuanto lo vio, no pudo más que llorar de alegría.

Faltaba ya poco para el final. Cuando acabó su parte, se relajó, y haciendo un feo al protocolo, hizo un chequeo rápido de las caras del público. Las señoras, engalanadas y encantadas consigo mismas, sonreían y agarraban de la mano a sus maridos. Éstos tenían cara de «quién me mandaría a mí...» o de «¿Ni siquiera nos va a ofrecer un tentempié?». Pasó rápidamente la vista, pero le llamaron la atención los ojos brillantes y emocionados de una mujer y su marido. Sonrió, era ella.

Sus caminos no volvieron a encontrarse nunca más, pero tampoco hizo falta. Se conocieron en el momento justo en que se necesitaban el uno al otro, y se dieron ese empujón que todos necesitamos en algún punto de nuestras vidas.

LA BRUJA CARABA

Ángela Camus Martínez

Raimundo paseaba por la calle despreocupadamente. Era un hombre afortunado. Solo tenía veinticinco años y no había trabajado nunca, pero gracias a una herencia familiar tenía suficiente dinero como para vivir siete vidas de derroche y despilfarro.

Tenía una mansión, criados y se pasaba la vida de fiesta en fiesta.

Era 31 de Octubre y mientras se subía el cuello de la gabardina para protegerse el rostro de la brisa helada, recordó que esa misma noche estaba invitado a una fiesta de Halloween.

Mientras caminaba algo llamó su atención. En su ciudad y con motivo de Halloween habían montado una especie de mercadillo y ahora él se encontraba frente a la caseta de Caraba, que con un gran cartel anunciaba que era bruja.

Raimundo nunca había creído en brujas, pero de pronto se le encendió la luz de la maldad y decidió entrar a reírse un poco de aquella tal Caraba.

Apartó el cortinón que tapaba la entrada y penetró en la caseta.

Dentro se encontró con una estancia oscura que solo estaba iluminada con algunas velas; había animales disecados que con la luz de las velas proyectaban en el techo sombras fantasmagóricas. El aire estaba cargado y olía a sudor y azufre.

Al fondo se encontraba la bruja. Era una anciana que llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo de colores. Su cara denotaba que nunca había sido agraciada.

No es que sea fea, pensó Raimundo, es que es repugnante.

Aquel ambiente podría haberle impuesto respeto a cualquiera, pero a él le producía risa.

La bruja, que se hallaba sentada frente a una pequeña mesa redonda, le hizo una señal para que se sentara en una silla libre que había frente a la mesa. Raimundo tomó asiento muy seguro de sí mismo y la bruja encendió una varita de incienso, una pequeña vela y tras decir unas palabras ininteligibles le pregunto con una voz que parecía surgir directamente de los pulmones: ¿qué quieres saber?

Raimundo, con una sonrisa en la cara, le contestó que nada. Solo vengo a ver cómo te equivocas.

La bruja tomó aire con dificultad y sus bronquios emitieron un pequeño silbido.

Con la cabeza agachada le contestó: eres un hombre afortunado, tienes buena salud, no has trabajado nunca pero tienes dinero suficiente para vivir sin problemas. Aun así haces mal creyendo que estás por encima de todo y de todos.

A Raimundo un escalofrío le recorrió la espalda y la sonrisa de su cara pasó a ser una mueca grotesca. Comenzó a notar que su cuerpo temblaba y se dispuso a levantarse para irse. En ese momento notó que la mano helada de la bruja le sujetaba del brazo.

Alzó la cabeza y se encontró frente a frente con la cara de la bruja.

Raimundo vio aquellos ojos grises como el acero clavados en él y sintió como si le desnudaran el alma.

La bruja apretó su mano clavando sus uñas en su brazo. Le miro directamente a los ojos y le dijo: Sé a qué has venido aquí pero nadie se ríe de Caraba. Mañana vivirás el día de difuntos en primera persona. Esta noche tendrás un accidente y enviaré a la muerte a buscarte. Disfruta de tu último día.

Raimundo saltó de la silla y logró liberarse de la mano de la bruja. Dio dos pasos hacia atrás. La bruja le miró y le preguntó: ¿no vas a pagarme? Raimundo se dio media vuelta y salió apresuradamente. La bruja agachó la cabeza. Da igual, me pagarás con tu alma, murmuró entre dientes.

Raimundo salió a la calle y aunque el frío había arreciado estaba empapado en sudor. En esos momentos era presa del pánico. Se encontraba totalmente asustado y por su cabeza pasaban una y mil veces las palabras de la bruja.

Se encontraba enfrascado en sus pensamientos cuando de pronto la sonrisa volvió a su rostro. Claro, se dijo a sí mismo. Todo tiene solución. Si iba a sufrir un accidente solo debía evitar cualquier situación peligrosa. Mañana volveré y entonces sí que me reiré en la cara de la vieja, pensó. Llegó a su casa y pasó la tarde planeando cómo iba a hacer las cosas. Quitó del techo de la habitación la lámpara y todo aquello que fuera susceptible de caerse. Dio la noche libre al servicio porque pensó que estaría mas seguro solo, y únicamente le pidió al mayordomo que se quedara con él. Echó la llave de paso del agua y del gas y ni tan siquiera cenó para no atragantarse. A las ocho le dijo a su mayordomo que le acompañara a su habitación. Las paredes estaban desnudas y solas; en una de ellas, la que se encontraba más lejos de la cama, había un reloj, porque quería ver la hora.

Todo el suelo estaba cubierto de gruesas alfombras, para minimizar el golpe en caso de caída, pero aun así le ordenó a su mayordomo que lo atara a la cama y lo rodeara de cojines. Luego le dijo que cuando se marchara no volviera hasta el día siguiente.

Las horas iban pasando y aunque no se sentía demasiado cómodo al estar atado, se sentía seguro. No podía caerse de la cama ni tampoco podía golpearle ningún objeto pues los había quitado todos. Un desastre natural como un terremoto o algo así no era posible pues la bruja le había dicho que el accidente lo tendría solo él.

Oyó como el mayordomo cerraba la puerta y abandonaba la casa. Ahora solo quedaban él y sus pensamientos.

De pronto se sobresaltó y abrió los ojos, se había dormido. En la penumbra logro vislumbrar el reloj. Solo faltaba un minuto para las doce. La noche del 31 se estaba acabando y no había sucedido nada.

Maldita bruja, pensó. Había conseguido asustarle pero mañana se reiría en la cara de la vieja.

Estaba a punto de soltar una carcajada cuando un leve sonido llamó su atención. Levantó la cabeza y lo que vio le heló la sangre. El pánico se

apodero de él. Había olvidado cortar la luz y del enchufe de la pared salían chispas azules y verdes que prendieron en los gruesos cortinajes.

Gritó pero nadie podía oírle ni ayudarle.

Cerró los ojos y mientras notaba el calor cada vez más cerca de su cuerpo, solo oía la risa burlona de la vieja bruja, que parecía venir del mismísimo infierno.

LA GUERRA DE LAS GOFREAXIAS

Stefan Alin Tanase

Era lunes. Hacía muy buen tiempo, un día soleado. en el restaurante de bufet libre *La Monde*, entró un extraño sujeto. Llevaba unas gafas de sol, una chupa de cuero y una visera.

Pidió un plato de gofres con mucho sirope. En cuanto se lo entregaron, murmuró unas palabras muy extrañas, algo así como: «Dulcel, syrop, hankanao... ¡Gofrius!».

Acto seguido, los gofres cobraron vida, diciendo:

—Ave, mago, los que quieren sirope te saludan.

Justo después de esto, sonó una alarma, y las puertas y las ventanas fueron cubiertas por varias cortinas de acero.

Entonces se abrió una parte de la pared, de la que empezaron a salir robots de cuerda muy pequeños, armados con ametralladoras de *peperoni*, que abrieron fuego sobre los gofres.

Mientras tanto, los gofres se pusieron a cubierto, y contraatacaron disparando sirope.

—¡Cuerpo a tierra! —gritó uno de los robots; los demás obedecieron, sin dejar de disparar.

—¡Traed a los pizzarianos! —dijo el comandante gofre.

Acto seguido, salieron del horno unas pizzas con un cristal redondo encima, en el que iba un piloto gofre de combate.

Se ponían sobre los robots, y luego usaban una extraña luz para hacerles subir, y así los robots se quedaban atrapados en la masa de pizza.

—¡Traed el mayonesaneitor!

En cuanto lo dijo, ni cortos ni perezosos, los robots trajeron una especie de cañón gigantesco.

Apuntaron con él a uno de los pizzarianos, abrieron fuego, y un espeso chorro de mayonesa fue directo hacia la nave-pizza, haciéndola explotar en mil pedazos de un disparo.

Siguieron haciendo esto hasta diezmar las fuerzas de los pizzarianos.

—¡Retiradaaaa! —gritó el comandante gofre.

Cuando los gofres ya habían perdido la batalla, los robots se dirigieron hacia el mago.

—¡Atrás, u os destruiré a todos con mis hechizos! —los robots le dispararon con sus ametralladoras, mientras el mago empezó a decir:

—¡Focus, implosionatus!... ikaboomb...!

Pero antes de que pudiera acabar la frase, por culpa de la pimienta, estornudó, y se desvaneció en una nube de polvo.

VOY POR TI

Celia Barquín Arozamena

—¡Si muero en Sevilla que me entierren en Santander, y si muero en Santander que me entierren en Sevilla! —gritaba el de siempre.

Y, como siempre, mi compañera le preguntaba:

—¿Y por qué quiere eso, Faustino?

Y, como siempre, él contestaba:

—¡Chica! ¡Por joder!

Y nosotras reíamos. Me gustaba trabajar en aquella residencia. Lo mío no era vocacional, pero pasaba buenos ratos. Mis compañeras eran agradables y a los abuelitos se les terminaba cogiendo cariño.

Pero a Faustino no.

¿Le odiaba? Pues no, porque odiar, no se puede odiar a nadie. Pero no me llegaba. Me parecía una persona soberbia y prepotente. También inteligente, de eso no cabía duda, mas no me resultaba agradable.

Era español, pero emigró a Venezuela y se casó con una italiana. Estuvo allí bastantes años y económicamente le fue bastante bien. Al avecinarse la llegada de Chávez al poder, vendió sus propiedades, empaquetó las maletas y se volvió a España para no toparse con la dictadura. La poca familia que aquí tiene no debe de tenerle mucho aprecio. Me contaron que una sobrina suya se hizo cargo de él durante un tiempo, pero cuando empezó a ser una carga lo trajeron aquí. Eso ocurrió hace dos meses y desde entonces su sobrina lo visitó apenas un par de veces. Ella era la única

hija de la única hermana de Faustino, con lo cual, la única heredera de su pequeña fortuna.

Faustino era gracioso a su manera. No era el típico que hacía bromas y sacaba alguna sonrisa, sino que su humor era más bien curioso. Le gustaba probar a la gente, ponerlos en evidencia y ver si cumplían con sus indefinidas expectativas. Yo no soy una de esas personas. Nada más verme pasar por la puerta de su cuarto el primer día para ir a ducharlo puso el grito en el cielo y exigió hablar con el director porque no podía permitir que una *negra* lo atendiese.

Sinceramente, no me lo tomé demasiado bien. Normalmente los abuelitos me sonríen y me quieren, porque me esfuerzo y trato de ser lo más agradable posible con ellos. Pero claro, con un señor que cada vez que te ve por el rabillo del ojo empieza a echar pestes de ti, pues no me era fácil entenderme. Además, empezaba a tener una enfermedad degenerativa que cada vez le hacía perder más la cabeza.

Cuando le servía la comida solía montarme un numerito. Con tanto escándalo había conseguido que en general le atendiesen las *blancas*, pero a la hora de la comida, con todo el trajín que llevábamos encima, no podíamos andarnos con exquisiteces, con lo cual, cada vez que pasaba cerca de él, los malos gestos, las caras de repugnancia y los insultos eran habituales.

Pero yo no entendía nada. Y tenía una espina clavada en la garganta, los remordimientos me visitaban de vez en cuando y me decían: «Sólo es un pobre viejo anticuado, la culpa es tuya por no intentar ser más maja con él». Entonces los remordimientos fueron sustituidos por cabezonería: «A mí este no me torea».

Ese día entré al comedor como una bala, cogí un carrito de comida y fui a repartirlo por las mesas. Cuando le llegó el turno a Faustino, empezó con su rutina habitual de comportamiento. Fue entonces cuando pude con mi vergüenza y le canté las cuarenta:

—¡Faustino! ¡Compórtese! Usted ya tiene unos cuantos años así que creo que ya es hora de que deje de actuar como un niño consentido. Soy negra, de eso no cabe duda, pero le respeto y le trato con todo mi cariño, así que lo mínimo que exijo por su parte es un poco de educación. Me tiene harta Faustino, me tiene muy harta. De ahora en adelante quiero ver un cambio en su actitud y usted y yo vamos a ser amigos. ¿Queda claro? —le solté de un tirón.

Todos los presentes me miraron con cara de asombro, algunos abuelos incluso me dieron la razón a gritos. Faustino estaba colorado y por primera vez desde que le conozco vislumbré en sus ojos una pequeña muestra de

arrepentimiento. Aun así, siguió con su retahíla de insultos habitual, pero al contrario que en otras ocasiones, en las que con su actitud me hacía sentir de menos, le aguanté bien la mirada y solté una estruendosa carcajada. Un poco fingida tal vez, pero mi querido amigo no se percató de ello y se quedó sorprendidísimo al ver que cuanto más me insultaba más me reía.

Por la noche me tocó acostarlo. Entré al salón común y me dirigí hacia él con la silla de ruedas. Por primera vez permitió que yo le trasladase a la silla para llevarle a la cama, eso sí, el gesto de repugnancia en su cara era constante. No hablamos durante el recorrido por los pasillos hasta su habitación y al entrar en el cuarto cerré la puerta. Acto seguido, me dirigí hacia su cama y la deshice. Eché las mantas hacia atrás y acomodé la almohada. Me acerqué a Faustino y lo desvestí para ponerle el pijama. ¡No estaba gruñendo! Pero no pude evitar preguntarle aquello que me carcomía por dentro:

—Faustino, ¿por qué odias a los negros? —le pregunté con cierta guasa, nunca antes lo había tuteado.

—¡Porque mi mujer me dejó plantado y se largó con un negro de mierda! ¡Porque mi mujer me dejó plantado y se largó con un negro de mierda! ¡El chófer! ¡El chófer! ¡El chófer! ¡Negro de mierda! —gritó una y mil veces. A veces, cuando se alteraba, repetía las cosas varias veces, como si pensase en alto, como cuando un pensamiento se te clava en la mente y te bombardea constantemente. Como todo el mundo. Pero él lo decía en alto. Al principio asustaba, pero luego se convertía en algo normal.

Me quedé pasmada. Quizá me esperaba un monólogo de insultos, o un «a ti que te importa», o incluso una mueca de desprecio sin ninguna respuesta. Pero no me esperaba la verdad. Tan simple y dolorosa que me llegó adentro y me hizo... ¿entender? No creo, pero al menos sí reflexionar y plantearme cosas. Aquel hombre me estaba sorprendiendo y tenía el presentimiento de que tras esa cara de repugnancia y esos modales de rico caprichoso, se escondía una historia, una vida llena de idas y venidas y un gran hombre.

No sé por qué le pregunté aquello. Todavía hoy me asombro de mi osadía. Pero no me arrepiento, esa vida por contar valía su peso en oro, por ello fui capaz de atreverme:

—¿Me contarías la historia de tu vida?

Durante una fracción de segundo abrió los ojos como platos, luego volvió a su gesto habitual.

—Te la contaré si me da la gana de contártela, no porque tú me lo pidas —replicó con soberbia.

No pude evitar sonreír. Sí, este juego en el que estábamos entrando me empezaba a gustar. Y mucho.

Terminé de organizar todo y llevé a Faustino a la cama. Lo metí dentro y lo arropé. Salí de la habitación y continué llevando a los demás abuelos a sus respectivos cuartos.

Faustino me contó toda su historia. Y consiguió hacerme reír y llorar. Consiguió asombrarme, enfadarme, escandalizarme, alucinarme... y una larga lista de emociones que me transmitía con sus palabras. Cada día, mejor dicho, cada noche me hizo disfrutar. Y nunca me aburrió.

Cambié mi rutina habitual. Faustino pasó de ser uno de los primeros en ir a dormir a ser el último. Me quedaba con el mucho tiempo tras acostarlo. Él estaba metido en la cama y yo me sentaba en una silla a su lado. Me hablaba y no paraba. No parecía que me contase su vida, sino un cuento. Un cuento que no tenía final, con cientos de personajes y países, desgracias, alegrías y aventuras. ¡Qué bonito era aquello! ¿Cuántas horas podíamos pasar hablando? Ni yo misma lo sabía, nunca quería marcharme. Sólo salía de aquella habitación cuando los párpados comenzaban a pesarle y le costaba hilar las palabras. Era entonces cuando yo me levantaba, le daba un beso de buenas noches y abandonaba el lugar en silencio. En ocasiones me quedaba un momento en el marco de la puerta observándole mientras dormía. Me costaba asimilar todo lo que se escondía tras esa cara: una personalidad deslumbrante y una historia que bien merecía estar plasmada en un libro y ser conocida por todos.

Faustino nació en una modesta familia santanderina en 1930. El progenitor de la casa, trabajaba a las órdenes de un adinerado doctor realizando labores de mantenimiento de su finca y su asombrosa mansión. Faustino tenía tres hermanos y dos hermanas. A los chicos se los llevó la tuberculosis, y a una de sus hermanas una gran neumonía. Cuando me habló de ellos, los recordó con lágrimas en los ojos. Decía que a pesar de ser una familia numerosa, estaban todos muy unidos y sufrió mucho la pérdida de sus hermanos. Eran todos jóvenes cuando murieron, no llegaban a los veinte años y Faustino se estaba convirtiendo en un buen mozo de dieciséis. Estábamos en 1946.

Faustino ya tiene veinte años y en España se vive una dura situación: los años del hambre. Esto, añadido a la tristeza que le supuso la muerte de sus hermanos y a la poca visión que tenía de un futuro mejor, le hizo tomar la decisión de emigrar a Sudamérica en busca de la fortuna.

Juntó sus pocos ahorros y emprendió el viaje a Colombia entre miseria. Me sorprendió, porque yo soy nativa de allí. Que yo sepa, era el único residente que había viajado a mi país. En un principio, a mi querido amigo no le fue demasiado bien, andaba vagando de un lugar a otro sin encontrar ninguna ayuda ni ningún atisbo de fortuna.

Pero tiempo después encontró trabajo. Faustino me lo contó entre carcajadas. Se convirtió en ayudante de cocina de un restaurante de Bogotá, eso sí, en su vida había cocinado. Me hizo disfrutar como una niña cuando me contó que cierto día le mandaron hacer una sopa. A pesar de que nunca la había hecho, puso esfuerzo y consiguió hacerla. Pero cometió un pequeño error: una vez terminada, tiró a la basura el caldo y dejó en la cazuela los restos, porque claro, mi amigo Faustino estaba convencidísimo de que lo que se comía era la carne, no el *agua*. A pesar de sus pocos conocimientos culinarios, aprendió rápido y consiguió un trabajo fijo en el restaurante.

Y cuando cumplió veintiséis años... llegó el amor. La conoció en una plaza. Era día de mercado y todo estaba lleno de puestos de verduras, artículos artesanales, telas y todo tipo de objetos que se podían encontrar en un mercado. Faustino fue a comprar las verduras para su restaurante. Siempre iba al mismo puesto, porque le vendían buena fruta. Pero ese día había mucha gente haciendo cola. Faustino se había retrasado al ir a comprar y no podía esperar su turno, pues llegaría tarde al restaurante y se ganaría una buena reprimenda. Por ello, dio media vuelta y se dirigió a otro puesto con peor fama pero menos clientela. Y entonces la vio. Por un momento, cuando ella le dio los buenos días y le preguntó que deseaba, él se quedó embobado observándola y no supo contestar. Entre tartamudeos y sonrosos consiguió hacer la compra y marcharse al restaurante. Pero volvió al día siguiente. Y al siguiente. Y al otro. Y todos los demás.

Se llamaba Vittoria y era italiana. Ella también había emigrado a Colombia buscando un futuro mejor. Era realmente guapa, pero a su manera. Bajita, algo rellenita, pero con una hermosísima sonrisa y unos bellos ojos color miel. Vittoria tenía seis años menos que Faustino, pero tras algo de insistencia por parte de él comenzaron a salir juntos. La cosa funcionó de maravilla y se casaron un año y medio después. Además los ingresos de ambos fueron en aumento y decidieron que era un buen momento para invertir. Compraron pisos y los alquilaron, otros simplemente los volvían a vender a un precio más alto. Así, fueron creando una pequeña fortuna.

Se hicieron más mayores y se trasladaron a vivir a Venezuela por capricho de ella, pero allí fueron muy felices. Continuaron con sus negocios de pisos en el nuevo país y se compraron una buena casa. Ascendieron de clase social y se hicieron amigos de gente de alto nivel económico. Acudían a fiestas, banquetes y viajes por todas partes. La vida de ambos se convirtió en el sueño de cualquier persona normal: una vida junto a la gente que quieres, con un gran patrimonio e importantes amistades. Pero uno no se conforma nunca con nada. Faustino se involucró completamente en sus negocios para sacarles aún más provecho y sin apenas darse cuenta, se distanció de su mujer. Pasaba menos tiempo con ella y la prestaba menos atención. Ella se sentía sola, incomprendida y triste y fue por ello por lo que abandonó.

Un día Faustino llegó a casa y su mujer no estaba. Había una carta, en la que le explicaba que se había enamorado del chofer de ambos y que nunca volvería. Faustino se desesperó. Cuando me lo contó lloraba y se debatía furioso. No podía comprenderlo. La había dado todo su cariño, habían sido felices juntos y ella lo dejaba por... ¿un chofer? Y encima éste era negro. Lo decía con asco, con rencor y con todos los sentimientos negativos que una persona pudiese tener. Pero ese día lo escuche y no intenté llevarle la contraria. Yo tenía la impresión de que era la primera vez que podía desahogarse con alguien.

Faustino pasó solo la mayor parte de su vida. Ya no era feliz y se sentía traicionado. Cuando tenía sesenta y ocho años y se avecinaba la llegada de Chávez al poder, malvendió sus pertenencias y volvió de nuevo a España tras cuarenta y ocho primaveras como emigrante. Se quedó aquí solo, esperando la muerte, con nadie más que su hermana pequeña y la hija de ésta. Empezó a chochar y lo trajeron a la residencia. Entonces lo conocí yo.

Y esta es la historia de Faustino. Un hombre listo, inaguantable, rencoroso, gritón, habilidoso, entretenido y la inacabable lista de adjetivos que humildemente intentan describir la personalidad de tan singular personaje, al que tanto cariño he tenido que coger.

También me he cogido tres días de vacaciones. El director de la residencia se sorprendió un poco cuando se los pedí, pero no puso demasiadas objeciones. Mi corazón y mi alma me lo pedían. También mi conciencia y mi cuerpo. Lo siento como si fuese un acuerdo, un trato que me obligo a cumplir. Una deuda.

Tengo que ir a Sevilla.

ESTÁ PERMITIDO SOÑAR

Alba Juanes González

Se había convertido en una rutina. Una rutina como la de desayunar una onza de chocolate, ponerse primero el calcetín izquierdo, o leer exactamente tres capítulos del libro que fuera antes de dormir. Cada mañana le veía, sentado en el banco que miraba justamente a la entrada de la facultad. Daba igual que fueran las 7:30, las 8 o las 10. Siempre estaba ahí cuando ella doblaba la esquina. Sin embargo, aunque ya fuera para ella una rutina encontrarle ahí todos los días, unos metros antes de girar a la derecha la asaltaba la incertidumbre, incluso se ponía algo nerviosa. «¿Y si hoy no estaba? Eso significaría que le había ocurrido algo», pensaba. Porque aunque ni siquiera sabía su nombre, era como si ya le conociera, como ese amigo que aunque no habla a menudo sabes que siempre está ahí para ayudarte.

Esa mañana volvió a ocurrir lo mismo antes de doblar la esquina. Y, como siempre, mientras se iba acercando al paso de cebra que estaba justo al lado del banco, más nerviosa se ponía. El semáforo se pondría verde y no le volvería a ver hasta el día siguiente. Pero esa mañana, cuando cruzaron las miradas como hacían todos los días, él sonrió y susurró un tímido «Hola». Pero ella no se dio cuenta de eso hasta que ya era demasiado tarde como para contestarle. «¿De verdad me ha saludado o han sido imaginaciones mías?», pensó.

Entraba a la facultad y el día pasaba como todos los demás. Clases, prácticas, tupper con la comida, biblioteca, cafés y Red Bulls. Pero cada vez se acercaban más los temidos exámenes, y entonces todo se reduciría a biblioteca, cafés y Red Bulls.

Cuando salía de la facultad él ya no estaba. Ella ya se había acostumbrado a eso, al igual que se había acostumbrado a verle cada día al girar la esquina. Y ese día, cuando salió por la puerta a las ocho de la tarde junto a sus amigos, fue como todos los demás.

Su madre la esperaba ya con la cena en la mesa. Se había quedado sin asistente hacía unos días, había vuelto a cocinar ella. No es que su madre fuera una gran cocinera, pero antes disfrutaba más preparando las comidas. Últimamente se alimentaban a base de macarrones, arroz blanco, pechugas de pollo y patatas fritas. Eso el día que no pedían una pizza o llamaban al chino para que les trajera la cena a casa.

Era viernes, y los viernes normalmente sus padres iban al cine a ver un estreno de la semana. Pero desde hacía unas semanas se quedaban en casa, su padre en su despacho trabajando hasta las tantas, y su madre en el salón viendo los programas de cotilleo. A veces Olivia pensaba que su madre no era feliz. Que quería a su marido, pero que no estaba cumpliendo los sueños que había tenido desde pequeña. Antes siempre hablaba de conocer el Taj Mahal, volar en globo, nadar con delfines o ver una aurora boreal. Ahora solo salía de casa para hacer compras.

Y qué decir de su padre. Mientras ella le llamaba «papá», los demás le llamaban «señor». Le veía apenas un par de horas al día, pero todo lo que la rodeaba llevaba su nombre, todo lo que veía estaba ahí gracias a su padre. Esas fotos en la estatua de la Libertad, esa habitación cuya puerta decía «Vestidor», el smartphone que tenía en la mano... Se prometió darle las gracias más a menudo.

Cenó en compañía de su madre, mientras hablaban de cómo les había ido el día. Después su madre se fue directamente a la cama, dejando a Olivia sin haber terminado el yogur de frutos rojos. Según le había dicho, su padre estaba muy ocupado preparando una reunión muy importante que tenía al día siguiente a primera hora. Últimamente tenía muchas reuniones muy importantes, y esas dos horas al día que compartían se habían convertido en veinte minutos en los que cenaban los tres juntos. Y hoy ni siquiera eso.

Subió las escaleras de su estupenda casa de tres pisos hasta su habitación. Cuando pasó junto al despacho de su padre, en el segundo piso, vio que la puerta no estaba cerrada del todo, y la entraron ganas de entrar a darle un beso de buenas noches. Pero cuando se disponía a entrar un pensamiento la detuvo. «Si pudiera hubiera bajado a cenar, no le molestes.». Se dio la vuelta y siguió subiendo las escaleras.

Su habitación. Pósters de The Beatles y Regreso al Futuro, La Noche Estrellada de Van Gogh, la colección completa de libros de Harry Potter y miles de fotos. De vacaciones, en Nochevieja, en la guardería, en Carnavales... incluso tenía una foto junto a su ex. No eran precisamente amigos, pero había formado parte de su vida durante bastante tiempo, tiempo en el que fue feliz. Por eso se había ganado seguir presente entre todas esas personas que le importaban.

Olivia estuvo en casa todo el fin de semana. No le apetecía salir, los exámenes estaban demasiado cerca como para desperdiciar un domingo de resaca. Tenía que hacer un trabajo que, cómo no, había dejado para última hora, y estudiar un montón de temas. Un montón de temas que se le olvidarían al día siguiente. Muchas veces se preguntaba si merecía la pena invertir tantas horas delante de los apuntes. Cuando estuviera en el hospital no podría decirle al enfermo «Espéreme un segundo, voy a mirar que creo que eso está en los apuntes de Fisiopatología del primer cuatrimestre de tercero».

Su padre volvió a casa después de esa reunión tan importante tan abatido como había venido de las últimas que había tenido. Su madre ya no le preguntaba «¿Qué tal la reunión, Iñaki?», mas bien apenas hablaban. Su casa, esa casa tan bonita, que todo el mundo se giraba para mirar cuando pasaban por la calle, estaba ahora cargada de un silencio incómodo.

De vez en cuando, mientras estudiaba, en un rinconcito de su cerebro aparecía el chico misterioso. Discretamente, sin molestar, sólo acompañándola durante esas horas que pasaban tan lentamente. ¿Qué hará allí todos los días? ¿Esperará a alguien? Podía afirmar con casi total seguridad que no iba a la facultad, nunca le había visto en otro sitio que no fuera en ese banco. Siempre solo, tranquilo y pensativo.

El fin de semana pasó lentamente, y el aburrimiento se volvió a convertir en nerviosismo al doblar la esquina. Esta vez le saludaría ella. Y no solo le saludó, sino que incluso le sonrió. Era cuanto menos curiosa la sensación que le despertaba aquel muchacho.

Después de varios días saludándose como si se conocieran, cualquiera que les viera hubiera dicho que eran amigos. Y es que Olivia tenía más interés por él que por cualquiera de sus compañeros de clase, incluso con los que podía considerar su amigos. Se podía sentir, ver y tocar la química que desprendía cada cruce de miradas.

El acercamiento era inevitable, algún día necesitaría más que un simple «Hola» a las ocho de la mañana. El semáforo tardaba demasiado en ponerse verde, y el constante flujo de coches no permitía saltarse las normas.

—¿En qué curso estás? —le preguntó él. Olivia no sabía si habían sido voces en su cabeza. Se tocó las orejas, quizás llevaba los cascos puestos y no se había enterado. Se giró y allí estaba él, esperando su respuesta con atención.

—¿Perdona? —dudó.

—Te preguntaba en qué curso estabas —repitió él con amabilidad.

—Tercero —contestó ella tímidamente. ¿Que narices le importa?, fue su primer pensamiento.

¿Le importa mi curso y no sabe ni mi nombre? Luego se dio cuenta de que a lo mejor quería conocerla mejor. Esperó un comentario por su parte, pero él no dijo palabra ni hizo ningún gesto que animara a seguir conversando. El semáforo comenzó a pitar y Olivia cruzó la calle corriendo, sin entender del todo lo que acababa de pasar. Desde luego quedarse callado no era el mejor incentivo para iniciar una relación amistosa.

Al día siguiente no hubo nervios ni sensaciones extrañas al doblar la esquina. Parecía que el misterio se había desvanecido al comportarse de una forma tan extraña, preguntándole de repente por algo relativamente personal y al segundo siguiente actuar como si no existiera. Pero ahí estaba, como siempre, sentado, mirando al infinito. Cuando llegó a su altura, él debió de percatarse del cambio de actitud de Olivia.

—Perdona por lo de ayer —le dijo, sin casi atreverse a mirarla a los ojos—. Debes de pensar que soy un friki acosador —añadió, soltando una risita.

Un friki acosador que no deja de acosarme, pensó Olivia. Pero en vez de no hacerle caso, prefirió aceptar sus disculpas, aunque esperaba que el semáforo se pusiera verde cuanto antes.

—No pasa nada —dijo ella, en un tono que dejaba entrever que intentaba decir todo lo contrario.

—Lo digo en serio, fui muy torpe. Lo siento de veras.

Parecía que hablaba con sinceridad, pero Olivia no terminaba de confiar. No era un buen día para que no funcionara la cuenta atrás del semáforo.

—Me llamo Nik —Dijo él finalmente, al ver que su interlocutora no cedía—. ¿Y tú?

—Olivia —respondió ésta secamente. Pero, ¿cuándo demonios se iba a poner verde ese cacharro?

—Bonito nombre. Como Olivia Newton-John —dijo él de repente, con una sonrisa franca.

No era la primera vez que alguien hacía esa asociación cuando conocían su nombre, pero pocos coincidían con sus padres en su gusto por el nombre.

De repente, se dio cuenta de que había dicho Nik. No Nico. O sea, que no se llamaba Nicolás, sino probablemente Nikolau o algo similar. Es decir, que era extranjero. Y fijándose bien, hablaba con cierto acento balcánico. No es que fuera racista, ni nada parecido, pero no podía evitar sentir cierta inseguridad. El semáforo se puso en verde y ella dejó de pensar.

—Bueno, me tengo que ir —dijo mientras salía corriendo, sin echar la vista atrás para despedirse.

—Encantado de conocerte, Olivia —susurró él cuando ella ya se hubo ido. Era la única persona que se había dignado a mirarle a los ojos, a pesar de que centenares de estudiantes cruzaban cada día aquel paso de cebra. Para todos ellos era invisible, pero esa chica había visto algo en él. Quizás todavía era pronto para tirar la toalla.

Realmente pensaba que era una buena persona. Pero su educación, a pesar de que ella siempre había sido abierta de mente y más progresista que sus padres, le decía que todavía era demasiado pronto para confiar. Aunque, se dijo, una pequeña charla no le hace daño a nadie.

Esas pequeñas charlas se fueron convirtiendo en animadas conversaciones. Hacía días que salía media hora antes de casa, sólo para desconectar un poco antes de clase. En esos pequeños ratos conocía Bucarest, apren-

día los números en rumano o miraban sus apuntes. Más de una vez llegó tarde a clase, o se saltó la primera hora, por aprender la receta de *papricas* o *clatilet*. Esos momentos le cargaban las pilas, y le ayudaban a afrontar la mañana. La hacían un poquito más feliz. Pero todavía tenía muchas preguntas, aún no se atrevía a ahondar en temas personales, y Nik tampoco preguntaba nada sobre su familia o su vida. Solo intercambiaban opiniones, compartían sus aficiones o discutían sobre la actualidad.

La sonrisa de por la mañana iba desapareciendo poco a poco por la tarde. El ambiente en casa no mejoraba, parecía que había algo de lo que ella no se había enterado. Su padre sólo se acordó de su cumpleaños cuando vio la tarta tres chocolates con las veinte velas, y su madre había contratado esa misma mañana una asistenta. No recibió ningún regalo material, aunque la prometieron que en cuanto tuvieran tiempo irían a comprar algo. La cosa no mejoró cuando pidió algo de dinero para invitar a sus amigos a merendar.

Realmente pasaba algo. Nunca habían tenido problemas de dinero, al contrario, siempre había tenido todo lo que había querido y más. No es que fuera especialmente caprichosa, pero la gustaba esa sensación de no necesitar nada, porque ya lo tenía mucho antes. ¿Que un día hacía un comentario sobre un bolso que había visto por internet? En pocos días tenía un paquete encima de su cama. ¿Que había perdido las gafas de sol en la playa? No importa... además eran de la temporada pasada.

Así había sido toda su vida. El cochecito de bebé más envidiado por todas las madres, los mejores juguetes del parque, los rotuladores más bonitos de todo primaria y la ropa que marcaba tendencia en el instituto. Y ahora parecía que todo aquello se acababa.

La verdad es que ya lo estaba notando desde hacía tiempo, el mismo tiempo que su padre llevaba con tanto trabajo y reuniones a deshora. Quizás se había tenido que bajar el sueldo para evitar despidos. Por una parte entendía que su padre no quisiera alarmar a la familia, pero por otra quería que supiera que ya era una mujer, y que podía apoyarles con cualquier problema.

Un día, a la hora de cenar, se atrevió a preguntarle sutilmente a su madre si estaban teniendo algún tipo de dificultad. Ella respondió con un seco «No te preocupes», aunque al pillarle de sorpresa la pregunta la notó algo nerviosa. A su padre si que no se atrevía a insinuarle nada. Decidió confiar en que si ocurría algo se lo dirían y contarían con ella para superarlo, y esperó.

Su padre no terminaba de llegar a casa. Eran más de la 1 de la mañana de un sábado, un día en el que habitualmente no trabajaba, aunque últimamente sí, pero no a esas horas. Su madre tampoco sabía por qué tardaba tanto. No cogía el móvil, ni el fijo de la oficina, ni tampoco sus socios o secretaria. Se imaginaron todo tipo de situaciones, desde un accidente de coche hasta una salida con los amigos de la que se le había olvidado avisar. Pero no tardó mucho enterarse de que su padre estaba metido en un lío. Por fin el teléfono sonó. Al otro lado, su padre, el dueño de una de las mejores empresas de la ciudad, llamando desde comisaría. Sonaba tan diferente, tan distante, tan humillado.

Estuvieron toda la noche despiertas, tumbadas en el sofá junto al teléfono, tapadas con la manta hasta los ojos. Olivia lloraba discretamente. Necesitaba el abrazo sincero de un amigo, una palabra cariñosa, una sonrisa. Alguien que la dijera que todo estaba bien, que no pasaba nada. Aunque fuera mentira.

La oscuridad de la noche dejó paso al amanecer. Las lágrimas habían hecho estragos en la cara de Olivia. Con la ansiedad que tenía no podía ir a clase. No podía acercarse a Nik y hablarle como si nada, pero tampoco podía desahogarse en la calle. Pero seguro que la estaba esperando, si no la veía doblar la esquina se preocuparía. Pensó en llamarle o mandarle un *whatsapp*, pero recordó que no tenía su móvil.

A las 9 de la mañana, la asistenta entró a trabajar. Lo primero que hizo fue dejar el periódico del día en la mesa de la cocina. Olivia le echó un vistazo rápido: el déficit, la victoria del Real Madrid, las protestas sociales... y el gran titular, dedicado al registro policial que había tenido lugar durante toda la noche en una de las mejores empresas de la ciudad.

Quinientos mil euros de fianza. Quinientos mil euros que no tenían. No solo perderían su casa, su coche y todo su dinero. Habían perdido ya toda la confianza y amabilidad de todos los que conocían. Es decir, de toda la ciudad, porque todo el mundo les conocía.

Hacía días que Olivia no iba a la universidad, por miedo a los cuchi-cheos y a la multitud de comentarios sobre su familia que seguro rondaban ya entre sus compañeros. Y sobre todo no podría soportar lo que pensaría Nik. ¿Se habría enterado de la noticia? ¿Sabría que el presunto fraude millonario lo habían cometido su padre y sus socios? Cada vez que lo pensaba en-

cajaba una pieza más del puzzle. Las reuniones sin previo aviso, las ojeras, el nerviosismo, lo callado que estaba últimamente... ¿Sabría que le iban a pillar pronto? No iba a juzgarlo. Al principio sintió vergüenza, incluso preguntó al señor que estaba al otro lado del teléfono si estaba seguro de que no se había equivocado de número. Mientras iban pasando las horas y los días le daba vueltas a la cabeza, intentaba ponerse en su lugar. Por supuesto que había hecho algo malo, y si así se dictaba, tendría que pagar por ello.

Y vaya que si tenía que pagar. Medio millón de euros que no le libran de los cargos. Olivia no tenía ni idea de donde iban a sacar todo ese dinero. Nadie, ni siquiera los amigos más cercanos o los familiares más allegados les prestarían un céntimo. Nadie había llamado a su madre para ofrecerle ayuda o apoyo. Olivia no tenía ni un mísero privado en el Tuenti, ni un mensaje, de sus supuestas amigas, que tanto la querían para ir un fin de semana de casa rural o para sacarse fotos de fiesta. Quiso pensar que estaban todavía en shock por la noticia y que querían dejar un poco de tranquilidad a su madre y a ella, y dejar para otro momento el discurso sobre la hipocresía.

Su madre parecía no creérselo todavía. Había pasado de temer por que su marido estuviera teniendo una aventura con su joven secretaria a verse en un pozo sin fondo. Con su marido a su lado, pero en la más profunda miseria económica y social. Nunca había trabajado, no había sido necesario. Con cincuenta años no tenía ni un día de experiencia laboral. Los abuelos de Olivia, sus padres, no la ayudarían, pues desde el primer momento se habían opuesto a su matrimonio con aquel empresario tan joven y encantador. Preferían que su hija trabajara en la tienda familiar, una frutería de barrio que nada tenía que ver con los sueños que tenía ella. Muchos de ellos se habían cumplido, desde luego el de ser madre con creces, pero ya no era la mujer risueña y llena de vida que había sido siempre. Ya no se enfrentaba a la vida con esa fuerza femenina, se había sumido en la comodidad que durante años le había proporcionado el dinero.

Y ahora que todo se esfumaba, no podía más que llorar.

Olivia no aguantaba un día más en casa. Llevaba una semana con el mismo pijama, varios días sin fuerza ni siquiera para ducharse y sin otra actividad que alimentarse a la fuerza y hacer pis por necesidad. Necesitaba

ver a Nik. Eran las diez de la mañana, quizás ya no estaría sentado en aquel banco mirando al infinito. Quizás se había cansado de esperarla. Quizás no quería volver a hablarla.

Cuando dobló la esquina, él ya se estaba marchando. Pensó en gritarle, correr hacia él. Pero luego sintió curiosidad por ver a dónde iba. Nunca le había preguntado dónde vivía, ni con quién, ni por qué se fue de su país. El pasado, el presente y el futuro no importaban cuando estaba con él. Procuró durante todo el trayecto mantener una distancia que le permitiera seguirle sin parecer que lo hacía, y a la vez no ser vista. Hacía unos minutos que caminaban por un barrio conflictivo de la ciudad, y Olivia se sentía incómoda, intentando no sucumbir a las ganas de marcharse de ahí. Por lo menos, mientras cavilaba a dónde llegaría, estaba distraída de su drama familiar.

Probablemente era el edificio más viejo de la ciudad. Si me apuras hasta del mundo. Necesitaba un arreglo urgente, estaba a punto de derribarse en cualquier momento. Aunque Nik hubiera entrado, ella ya tenía suficiente con verlo por fuera. Todavía seguía sorprendida mirando la estropeada fachada cuando Nik volvió a salir. No la dio tiempo a esconderse ni a simular que pasaba por allí. La habían pillado.

—Ahora eres tú la friki acosadora —le espetó medio en broma medio en serio.

—Yo... lo siento... te vi marcharte y... —no sabía cómo explicarlo. Realmente, no tenía explicación, había sido una tontería de quinceañera—. En realidad necesitaba hablar contigo. Me hace mucha falta alguien en quien confiar en este momento.

Le contó todos los acontecimientos recientes, pues al parecer no conocía la noticia y no sabía quién era su padre. No hizo ningún juicio de valor, ni dedicó ningún calificativo, como hacía todo el mundo esos días, sólo se limitó a escuchar.

—Bueno... —dijo él cuando Olivia hubo terminado—. Creo que te mereces algo a cambio de tu sinceridad.

En ese momento fue él el que la contó todo a ella. Cómo había huido de Rumanía con doce años junto a su madre, por miedo a que su padre, alcohólico y maltratador, los encontrara. Cómo habían llegado a España sin casa, sin dinero y sin conocer a nadie. Cómo habían aprendido el idioma

en pocos meses y poquito a poquito veían algo de luz. Cómo él soñaba con ser médico y ayudar a los niños enfermos, que lo pasaban mucho peor que él. Cómo con la crisis ni su madre ni él conseguían trabajo y estuvieron a punto de volver a su país. Cómo su madre por fin encontró trabajo como empleada del hogar, y él en un restaurante de comida rápida.

De alguna manera sus vidas se habían cruzado, y Olivia sentía que tenían que seguir unidas para salir de ésta.

Olivia y sus padres podrían vivir durante unas semanas más en su casa, mientras encontraban un sitio donde quedarse. Pero no tenían dinero para pagar las facturas, ni la compra semanal, ni el billete de autobús. Nik insistía en que fueran al comedor social al que iba él con su madre cuando se quedaban sin dinero, lo que según él ocurría muy a menudo. Pero sus padres se negaban a caer más bajo. Bastante humillado se sentía ya su padre como para verse rodeado de sin techo y drogadictos. Todavía le costaba asumir que pronto no tendrían otra opción. Seguía poniéndose el traje cada día, como si todo hubiera sido una pesadilla. Pero en vez de coger el maletín y subirse en su Porsche, se sentaba en el sofá con la mirada perdida.

Un día, próximo a su desahucio, decidieron que si querían comer ese día tendrían que acercarse al comedor social. El problema era que ni siquiera sabían dónde estaba, al menos los padres de Olivia. Porque esta ya se había encargado de ir con Nik varios días a cocinar y a servir la comida. Si se sorprendieron cuando su hija les llevó hasta allí no se les notó, era mayor la incertidumbre de lo desconocido. Pero no pudieron ocultar su asombro cuando vieron que muchos de los que hacían cola y de los voluntarios saludaban y hablaban con Olivia como si la conocieran.

Acabaron por reconocer que la comida no estaba tan mal. Su padre incluso bromeó sobre la mejora respecto a la comida que le dieron en el calabozo. Era la primera vez que hablaba de ello. Parecía que por lo menos aceptaba la situación. También se sorprendieron de la cantidad de gente necesitada que había acudido ese día, la mayoría familias aparentemente normales, no mendigos y yonkis, como ellos pensaban. Olivia percibía que ya no se sentían tan fuera de lugar.

Su madre lloró cuando vio a su ahora antigua asistente en la cola para ser servida.

—No hemos sido los únicos que hemos perdido... —dijo para sí.

Al menos sus padres bajaban poco a poco de la nube y posaban los pies en la realidad.

Nik tenía que estar por algún sitio. Habían quedado en encontrarse en el comedor a las 2 y media, ya eran las 3 y no aparecía. No quería preocuparse, le habría surgido algo, pero le hubiera gustado tenerle como apoyo para tratar a sus padres. Y además así podrían conocer a su nuevo amigo. No sabía cómo se lo iban a tomar. Para ellos ya era un gran paso estar allí sentados, a lo mejor conocer a Nik era demasiado.

Como ninguno de los dos tenía móvil no podía localizarle. Entonces decidió ir directamente a preguntar al restaurante, tal vez le habían cambiado el horario.

Nunca había entrado en ese restaurante de comida rápida, no la atraía ese tipo de comida. Estaba rodeada de niños de todas las edades que corrían de un lado para otro con los juguetes del menú infantil. De fondo, los gritos de los niños y de sus respectivos padres que les pedían un poco de silencio. No tuvo que preguntar por nadie. Nik la atendió con la sonrisa y amabilidad de siempre. Estaba muy feliz por él. Se le veía muy contento con su trabajo, se desenvolvía bien con todo tipo de clientes.

La invitó a un helado, que por cierto tenía muy buena pinta, y se tomó su media hora de descanso unos minutos antes para acompañarla.

Durante esas duras semanas había perdido la noción del tiempo. Sin querer, se había saltado un examen parcial bastante importante, aunque no habría estado en condiciones de estudiarlo como debería. La faltaban muchos apuntes, y el orgullo le impedía pedirselos a algún compañero. Tantos días sin ir a clase hicieron que los exámenes de junio no la fueran nada bien.

De todas formas no sabía si iba a poder continuar estudiando el curso que viene. Sus malas notas no le permitían acceder a una beca, y seguramente a los de Hacienda no les haría mucha gracia que la hija de un imputado por fraude fiscal solicitara dinero para estudiar. Pero tenía muy claro que ella iba a ser pediatra algún día. No importaba cuántos años le costase, no se veía haciendo otra cosa. Desde niña había jugado a curar a sus juguetes, y su disfraz favorito era el de doctora. Si tenía que ponerse a trabajar unos meses para ayudar a su familia, lo haría, pero siempre pensando en que el objetivo era poder continuar aprendiendo a salvar vidas.

Tampoco se estaba tan mal. El ambiente era bueno, lo que tenía que hacer era más o menos entretenido... y tendría hamburguesas gratis. Sonrió mientras limpiaba una mesa de cumpleaños. Miró hacia el mostrador, y allí estaba Nik, sonriéndola como siempre. Él había sido el que la había conseguido ese trabajo hacía un par de meses. Unas horas al día, alguna más los fines de semana, y mucho cansancio que se iba acumulando. Pero por primera vez en meses empezaba a ser feliz. Cada vez que entraba a trabajar pensaba en lo mayor que se estaba haciendo, hasta ganaba su propio dinero. Quién se lo hubiera dicho tan solo unos meses antes, cuando solo se preocupaba de lo que se iba a poner al día siguiente o de si había apuntado todo lo que había dicho el profesor. Sus prioridades habían cambiado, pero seguía teniendo presentes sus sueños.

«Ya está», pensó. Matriculada en cuarto de Medicina. Sonrió satisfecha, orgullosa de sí misma. Ahora sí que podía decir que lo había conseguido ella sola. Un día de agosto se levantó con las ideas más claras que nunca. «Olivia, ya sabes lo que tienes que hacer», se dijo. Unas cuantas llamadas, alguna que otra explicación, y mucho esfuerzo. Con todo eso, consiguió aprobar todas las asignaturas en septiembre. Ese día empezó a creerse capaz de todo, a creer en sí misma y en todo su potencial.

Miró a su derecha. Nik todavía no había acabado de formalizar su matrícula en primero de Medicina. Estaba tan nervioso que lo había tenido que repetir unas tres veces, entre que no estaba acostumbrado al ordenador y que se quería matricular en todo. «¡Tienes por lo menos 6 años para hacer todo eso!», le decía ella riéndose. Les había costado un verano lleno de madrugones, sin ir a la playa, sin apenas salir con sus amigos... Pero había merecido la pena.

(...)

—Olivia, la niña de la 3B no puede dormir, ¿Le damos algo? —Ana, la enfermera más joven de la planta, se asomó con timidez a la puerta de la sala de médicos.

—Espera, ahora mismo voy a contarle su cuento.

EL REY CONTRA LA EXTINCIÓN

Úrsula Pahl Vicario

«Abrió sus pequeños ojos azules por primera vez, cegado por la claridad de la sabana, mientras intentaba abrirse camino entre sus dos hermanas para alimentarse. Lo primero que vio fueron las pequeñas patitas doradas de sus hermanas y el gran cuerpo de su madre. Al levantar la cabeza una gran superficie azul se extendía sobre él, manchada por pequeñas pinceladas blancas y de aspecto esponjoso. Un gruñido cariñoso llamó su atención y sus ojos se cruzaron con la mirada de una gran leona que le miraba con sus grandes y profundos ojos negros. Su madre acercó la cabeza hacia él y con una delicadeza extraordinaria en un animal de tal envergadura comenzó a lamerle la cabeza a la vez que emitía un sonido tranquilizante. Así, tras su primer contacto con el mundo, se quedó dormido».

La vida de cachorro en la manada era bastante divertida, mis hermanas y yo nos pasábamos todo el día con nuestra madre, jugando y jugando hasta que nos lanzaba algún rugido de advertencia. Una de mis hermanas era fuerte e independiente, siempre era la primera en comenzar los juegos, era la que más broncas recibía de nuestras tías o de nuestra madre y nunca paraba quieta. Mi otra hermana era más tranquila, la compañera perfecta para echarse largas siestas a la sombra de los baobabs y una presa

fácil de derribar. Nuestros primos más mayores a menudo nos arrollaban o jugaban bruscamente con nosotros, motivo por el que la manada nos tenía más protegidos. Cuando la manada cazaba, nosotros nos escondíamos en los matorrales y observábamos las técnicas de caza y, también, cómo el macho de la manada llegaba con su imponente melena y su temido rugido una vez que la presa estaba muerta. Siempre comía primero él y, después, las cazadoras. Por último, si quedaba algo, nos dejaban catar un poco de cebrá o de antílopes. De todas maneras yo me conformaba con la rica leche de mi madre.

Un día, mientras todas las leonas cazaban y nosotros disfrutábamos del espectáculo, mis hermanas comenzaron a jugar y se alejaron de nuestros matorrales habituales. Yo decidí seguirlas porque, caray, es más divertido jugar que ver cómo corre la comida. Me uní a la pelea e intenté demostrar quién era el macho de los tres cuando un extraño ruido atrajo mi atención. Mi hermana no pareció oírlo y continuó mordiéndome la pata hasta que la reprimí por no dejarme escuchar. Permanecimos los tres atentos a cualquier ruido cuando nuestra madre llegó corriendo y rugiendo hacia nosotros. Me agarró por el cuello y huyó hacia la manada mientras una de mis hermanas nos seguía de cerca. Cuando llegamos a un lugar seguro nuestra madre volvió a buscar a mi hermana perdida que, a pesar de nuestros inútiles lamentos de cachorro, parecía no oírnos. Fue una espera interminable en la que no moví un solo músculo. Toda mi energía estaba concentrada en intentar escuchar cualquier pequeño maullido, un rugido, una pisada...

Mucho tiempo después, cuando ya casi anochecía, una leona cabizbaja se acercó desde el horizonte. Salimos de nuestro escondite y la llamamos, preguntando «¿Y nuestra pequeña hermana?». La gran leona se dirigía hacia el resto de la manada, sola. Mi hermana y yo nos quedamos mirando hacia el horizonte esperando que un pequeño cachorro apareciera saltando entre los matorrales pero el único movimiento que observamos fue el del viento contra la hierba. Lentamente nos dimos la vuelta y seguimos a nuestra triste madre con una nueva lección en la cabeza: en la selva, solo los más fuertes sobreviven.

«Una majestuosa leona aparecía entre los matorrales y se dirigía hacia el pequeño cuerpo inerte de su hija. Había llegado demasiado tarde y sus intentos por hacer que se levantase fueron

inútiles. La leona lamió a la pequeña devorada por las hienas y lanzó un rugido a la noche mientras a varios kilómetros de distancia dos pequeños leones esperaban ansiosamente el regreso de su madre y de su hermana. Media hora más tarde la triste leona comprendió que todos los esfuerzos eran inútiles y regresó lentamente hacia su territorio».

Mi hermana y yo fuimos creciendo y llegó un día en el que ya no mirábamos las cacerías si no que interveníamos. Era muy divertido y a veces nos dejábamos llevar, lo que provocaba el enfado de la manada... Mi hermana aprendió muy rápido, era una gran cazadora. Yo conseguí cazar una o dos hembras de cebrá en mi primer mes y poco a poco me enfrentaba a presas más grandes. Cada vez era más fuerte, pesaba más y mis garras se hacían más duras. También me creció una larga y hermosa melena que, aunque parezca que da calor, es una gran defensa contra los insectos. En cuanto a lo de cazar, ¡no me malinterpretéis!, no me gusta matar. Es más, soy un león muy sensible y me da tanta pena ver a los animalillos estresados cuando me ven que tengo la necesidad de quitarles ese sufrimiento... Es instinto, todos los felinos somos muy considerados por naturaleza. Además al cazar podemos comer, que es necesario para sobrevivir —algo que comprendí una semana que apenas conseguimos cazar nada y pasamos mucha hambre—. Mis favoritas son las cebras porque son fáciles de atrapar, no corren tanto como las gacelas y no son excesivamente grandes. Aunque en época de sequía no estamos como para andar con finuras. Cuando comencé a cazar comprendí lo que le sucedió a mi pequeña hermana a la que recuerdo todos los días. Algún animal la encontró y la utilizó como alimento, por eso los leones tenemos estos dientes y estas uñas, para protegernos de otros animales. Por desgracia, aquel animal encontró a mi hermana antes de que pudiese defenderse. No le culpo, sé que nuestro mundo es así, pero sigo pensando que debería haberme atrapado a mí.

En época de celo mi madre quedó embarazada de nuevo por el líder de la manada, mi padre. Algunos de mis primos, algo mayores que yo, intentaron echarle de la manada, sin embargo, mi padre era mucho más fuerte y aún tenía mucha energía así que consiguió echarles a todos. Me daban mucha pena porque, según me contaron, los leones que son desterrados de la manada permanecen solos hasta que consiguen encontrar una manada propia. No llego a entenderlo, cuanto más seamos más comida

conseguiremos y más protección tendremos, ¿no? Mi hermana cree que el que haya solo un león es por la descendencia y los genes de la manada, yo le hago caso porque es muy lista pero me da miedo que sea cierto porque de ser cierto... tendré que luchar contra mi padre o irme solo a buscar otra manada. No quiero pelear contra mi padre... pero tampoco quiero alejarme de mi hermana.

Algunos meses más tarde mi madre tuvo dos cachorros y mi hermana y yo estuvimos completamente independizados en ese momento, con lo cual tuvimos que empezar a cazar más en serio si no queríamos meternos en líos con el resto. Una noche lluviosa un gran león apareció en nuestro territorio causando un tremendo escándalo. Las leonas escondieron a sus cachorros mientras mi padre rugía fieramente al intruso. La tormenta cada vez era mayor y los rayos iluminaban el cielo seguidos por ruidosos truenos que disimulaban los rugidos de ambos leones ya en guardia. De repente el intruso, que probablemente fue desterrado de su manada unos años atrás, saltó hacia mi padre con todos los músculos tensos y la boca abierta, enseñando unos amenazantes colmillos. Mi padre, a su vez, saltó hacia él con una fiereza que nunca había visto en ninguno de nosotros. Ambos leones comenzaron a atacarse formando un remolino de garras, dientes y majestuosas melenas. Toda la manada contenía la respiración deseando que mi padre no fuese herido y lograra expulsar a la indeseable visita.

Cada vez llovía más, la lluvia formaba una cascada que caía del cielo y que prácticamente no me permitía distinguir la pelea. De repente, una de las enormes siluetas retrocedió unos metros y rugió. No era el rugido de mi padre. Las dos figuras permanecieron inmóviles, probablemente mirándose fijamente a los ojos hasta que la figura del intruso se alejó poco a poco, cojeando. No me atrevía a salir de mi escondite aún pero necesitaba saber qué había pasado exactamente. Nadie se movía, mi padre continuaba inmóvil mirando al horizonte y las leonas calmaban a sus pequeños. Poco a poco la lluvia fue amainando y decidí salir de entre la maleza.

Me acerqué sigilosamente hacia mi padre, decidido a felicitarle por su hazaña pero mis ojos me ofrecieron una terrible visión. El majestuoso cuerpo dorado del león estaba lleno de heridas abiertas, mordiscos y arañazos por todas partes. Su expresión transmitía cansancio y vejez cuando se giró a mirarme. Su garganta emitió un sordo gruñido y se dio la vuelta dirigiéndose bajo un árbol a tumbarse y descansar. La manada fue saliendo paulatinamente y continuaron con sus tareas cotidianas, como si nada hubiera

pasado. Yo busqué a mi hermana y me tumbé con ella a echar una siesta aprovechando los rayos del sol que comenzaban a salir mientras intentaba olvidar las heridas de mi padre y la pelea que acabábamos de presenciar.

Desperté de golpe al oír un rugido amenazante detrás de mí. Mis dos primos rodeaban a mi padre que rugía hacia ellos aún bajo el árbol en el que se había tumbado. ¿Por qué le estaban haciendo eso? Entonces comprendí, querían aprovecharse de su desventaja física para hacerse con la manada y evitar su destierro. Sin pensarlo dos veces me acerqué corriendo y rugiendo hacia allí, interponiéndome entre ellos y mi padre. Mis dos primos parecieron sorprendidos al principio pero después comenzaron a rugirme a mí también. Yo les enseñé mis dientes en forma de amenaza esperando intimidarles ya que mi tamaño era considerablemente mayor, sin embargo no pareció ser demasiado efectivo y continuaron avanzando hacia nosotros. Uno de ellos me lanzó la zarpa hacia la cara pero conseguí esquivarla y le devolví el gesto arañándole la pata izquierda. Se lanzó hacia mí y me defendí logrando lanzarle unos metros hacia atrás, al mismo tiempo el otro león me atacó también y consiguió arañarme el lomo. Defenderme no iba a ser suficiente y comencé a atacarlos también, provocando una escena llena de arañazos, mordiscos, caídas y rugidos. Al segundo león logré morderle la pata trasera y así le dejé fuera de juego pero con el otro me costó bastante más. Me costó muchos arañazos y mordiscos dolorosos antes de que se rindiera. Ambos leones se alejaron juntos llenos de las heridas que yo les había provocado mientras lanzaban furtivas miradas hacia mí. Una vez estuvieron fuera de mi vista me tiré en el suelo a descansar y a lamerme las heridas que estaban a mi alcance, estaba bastante magullado pero había ayudado a mi padre y me sentía orgulloso. Mi hermana se acercó corriendo hacia mí y me ayudó a lamer las heridas más profundas, incluso mi padre se acercó a duras penas hasta mí y me inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

Aquella noche dormí profundamente, como cuando era un cachorro y dormía con mis hermanas y mi madre, solo que ahora solo estaba mi hermana que era mi mayor compañía y la mejor leona de toda la manada. Al día siguiente mi hermana fue a cazar con el resto de leonas y me trajo una gran pieza de cebra para mí solo, yo la lamí como agradecimiento y comencé a comer la cebra que mejor me ha sabido en toda mi vida. Después de comer me acerqué al árbol bajo el que descansaba mi padre para ver cómo estaba y le encontré tumbado, rodeado de moscas. Seguramente nadie le había acercado comida y me sentí mal por no pensar antes

en ello, le olfateé con cariño y me miró con pena. Lentamente, como si le costase mover cada músculo, se dio la vuelta y se tumbó dándome la espalda.

«La manada descansaba tranquilamente cuando el majestuoso león malherido respiró por última vez, acabando con su largo periodo de liderazgo. A partir de entonces, aquel joven león que realizó una hazaña tan poco común en un animal salvaje y guiado por distintos, sería el macho encargado de proteger a la manada y continuar con la descendencia».

Los meses pasaron tranquilos después de la muerte de mi padre. Al principio fue difícil pero poco a poco fui acostumbrándome a ser el responsable de la manada y acabé sintiéndome muy a gusto con esa función. En primavera nacieron nuevos cachorros míos y, si había cualquier problema con otros leones u otros animales que se colaban en nuestro territorio, lograba espantarlos sin problema. Las leonas estaban contentas conmigo y fue una época muy próspera en la que no nos faltaba nunca la comida. Era reconfortante vivir con esa tranquilidad y cada noche me tumbaba a dormir con mi hermana que continuaba siendo mi compañera fiel, ya sea de juegos, obligaciones o penas. En una ocasión regresó a nuestro territorio uno de mis primos pero bastó una mirada intimidante para alejarle de nuevo. Tenía presente que tarde o temprano uno de ellos volvería y lograría quedarse con mi puesto pero ese momento no había llegado aún.

Un día caluroso en el que las leonas habían salido a cazar apenas había unas pocas gacelas cerca de nuestro territorio. Solo mi hermana, la mejor cazadora, logró atrapar una cría de gacela. Me acerqué hacia ella para felicitarla y ver si podía conseguir un poco de comida. El resto de leonas no llegaba y eso era una muy mala señal, así que comencé a llamar a mi hermana pero no me hacía caso porque seguía disfrutando de su merecido festín. De repente, de entre las hierbas altas, apareció una criatura extraña que no había visto antes. Era alta, sujeta sobre dos únicas patas y con un pelaje muy extraño en tonos verdes y marrones. Sobre la cabeza tenía una especie de superficie plana con una media circunferencia en el centro y en las patas delanteras que no apoyaba en el suelo transportaba un objeto alargado y negro que dirigió hacia mi hermana. Ella escuchó al

fin a la extraña criatura y justo cuando comenzó a rugir un ruido sordo y corto como un trueno salió de aquel extraño objeto. Inmediatamente mi hermana se desplomó contra el suelo y muchas criaturas como esa salieron de su escondite para recoger su pobre cuerpo inerte. En ese momento mi madre apareció tras de mí y me llamó silenciosamente, pidiéndome que me alejara de ellos. Con una gran pena en el corazón logré darme la vuelta y regresar a mi territorio con un nuevo gran enemigo al que combatir y del que proteger a mi manada. Me prometí a mí mismo y a mi difunta hermana que ningún miembro más de la manada moriría a manos de ese extraño depredador, al menos mientras yo estuviese al mando.

«Los leones siguen con las mismas obligaciones y los mismos comportamientos desde siempre. Matan para sobrevivir y atacan para protegerse. Mucha gente les ve como animales crueles o agresivos pero sencillamente siguen su instinto y se guían por sus necesidades, esa es su diferencia con los seres humanos. Por culpa de la caza indiscriminada que busca un bonito trofeo en un salón o en un club de caza, miles de leones, tigres y guepardos son asesinados. Por culpa de matar por *placer* miles de cachorros quedan huérfanos, miles de madres pierden a sus crías... Por culpa de una actividad tan dañina y practicada sin cabeza dentro de treinta años tendremos que explicar a nuestros hijos y a nuestros nietos qué era un león, qué era un tigre o qué era un guepardo. Debemos explicar la majestuosidad de esas criaturas y deberemos explicar por qué ya no existen. Cada vez que veamos a un gato nos sentiremos culpables por destruir tanta belleza en el mundo y desearemos haber actuado antes.

Ayudemos a estos grandes felinos a sobrevivir a su extinción, así como a las ballenas, lince, osos pandas, osos polares y tantos otros animales formidables que quedarán olvidados en poco tiempo. Estoy convencida de que conseguiremos, si nos lo proponemos, dejar de matar por *placer*».

PUBliCan



Ediciones

Universidad de Cantabria

Mayo, 2013

PubliCan



Ediciones
Universidad de Cantabria

